TETRODOTOXINA PARA EL CORAZON

Una novela de Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Hans Müller es invisible. En los pasillos de la Universidad de Colonia, entre deportistas populares y estudiantes brillantes con vida social, Hans es el que nadie ve: el bioquímico de rostro marcado y gafas de montura negra que pasa el tiempo libre estudiando toxinas en el laboratorio y conversando con Yorick, una calavera de plástico que le sirve de cómplice silencioso.

Frida Lehmann lo ve. Le habla en el laboratorio, le pregunta sobre sus investigaciones, lo invita a café. Para Hans, eso es todo. El resto del mundo puede no existir.

El resto del mundo incluye a Otto Schneider: guapo, atlético, universalmente admirado, y cada vez más presente en la vida de Frida.

Lo que Hans hace a continuación no es un crimen pasional. Es un experimento. Con la exactitud de un bioquímico y la frialdad de un entomólogo, modifica la estructura molecular de la tetrodotoxina —la neurotoxina del pez globo— para que provoque un fallo cardíaco aparentemente natural, indetectable por los protocolos forenses estándar. Lo administra en la bebida de Otto durante una fiesta universitaria. Luego se sienta a observar los resultados.

El Detective Kraus llega dos días después. El Inspector Hoffman, especialista en asesinos que planifican meticulosamente, llega una semana más tarde.

Y Frida, que siempre fue más inteligente de lo que Hans calculó, llega al café con una pregunta directa.

Lo que sigue no es la historia de cómo se descubre un crimen. Es la historia de cómo un hombre brillante se derrota a sí mismo por la única razón que nunca supo anticipar: el deseo de ser verdaderamente conocido por otra persona, aunque sea en sus aspectos más oscuros.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene homicidio premeditado con método químico, perfil psicopático contenido, descripción técnica de mecanismos de toxinas, suicidio, y manipulación emocional deliberada.

El relato no romantiza la violencia ni celebra al personaje: lo muestra con la misma mirada clínica con que Hans se mira a sí mismo, lo que resulta más perturbador que cualquier justificación moral explícita.

El epílogo, situado cinco años después, añade una vuelta de tuerca que reencuadra completamente la novela: Frida y el Detective Krauss saben más de lo que dejaron ver, y Hans —ahora profesor titular de Toxicología Forense — también lo sabe.

Audiencia recomendada: Lectores de thriller psicológico universitario, aficionados a Patricia Highsmith o a la tradición del suspense europeo de

gabinete. No recomendada para lectores que esperan que el bien triunfe con claridad.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctor en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

La doble perspectiva del médico y el escritor es visible en cada página de esta novela: la descripción del mecanismo de acción de la tetrodotoxina modificada, el análisis del perfil clínico de Hans como caso de trastorno esquizoide con ideación obsesiva, la lógica forense del Inspector Hoffman. El conocimiento científico no es decoración: es el motor de la trama.

El autor declara que escribir esta novela le divirtió, y se nota. *Tetrodotoxina para el corazón* tiene la energía de alguien que disfruta el juego de construcción del thriller, y ese disfrute se contagia al lector.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Tetrodotoxina para el corazón Autor: Salvador Rangel Abud Idioma: Español Extensión: Aproximadamente 19,802 palabras Estructura: Prólogo (informe clínico-forense) + 8 capítulos + Epílogo Género: Thriller psicológico / Novela de campus / Suspense científico Año: 2026 Escenario: Universidad de Colonia, Alemania Narración: Tercera persona, perspectiva interna de Hans Müller Formato disponible: Digital de distribución libre bajo licencia Creative Commons

---

NOTA DEL AUTOR

Esta novela comenzó con una pregunta técnica: ¿sería posible modificar la estructura molecular de la tetrodotoxina para alterar su perfil sintomático hasta hacer indetectable la causa de muerte?

La respuesta, desde la toxicología forense, es fascinante. Y de ahí surgió Hans: un personaje que usa el laboratorio como extensión de su mente, que piensa en términos de dosis y variables, que no entiende el mundo social pero lo observa con la precisión de quien lleva toda la vida tomando notas sobre una especie que no es la suya.

Lo que me interesaba no era el crimen sino el criminal. Específicamente, la pregunta que el Inspector Hoffman le plantea directamente: ¿por qué los asesinos que planifican meticulosamente cometen errores? No por incompetencia. Sino porque, en el fondo, quieren ser descubiertos. Quieren que alguien aprecie la brillantez de su plan.

Hans se derrota a sí mismo confesándole la verdad a Frida en un café. No porque sea descuidado, sino porque la necesidad humana de ser conocido termina venciendo incluso al control metacognitivo más perfeccionado.

Eso me parece más aterrador que cualquier crimen perfecto.

La decisión de arrancar la novela con el informe forense póstuma del Dr. Krauss —que revela desde la primera página que Hans está muerto y el caso cerrado— fue deliberada: el suspenso no es "¿qué pasará?" sino "¿cómo llegó aquí?". Una inversión del thriller clásico que le debe algo a Highsmith y algo a la tradición europea del Kriminalroman.

Salvador Rangel Abud Xalapa, Veracruz 2026

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo licencia **© Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).**

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador Rangel Abud, "Tetrodotoxina para el corazón"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

thriller psicológico, toxicología forense, tetrodotoxina, asesino intelectual, campus universitario, Alemania, perfil psicopático, crimen perfecto, bioquímica, suspense científico, novela corta, Colonia, detective, veneno

---

TEMAS PRINCIPALES

El conocimiento como arma. Hans no necesita fuerza ni oportunidad ni descuido ajeno: necesita saber más que todos los demás. La novela explora qué ocurre cuando la inteligencia se disocia completamente de la empatía y encuentra en el laboratorio el único espacio donde se siente en control.

El deseo de ser visto. La paradoja central del personaje: Hans pasa toda su vida siendo invisible, domina el arte de no ser percibido, ejecuta un crimen diseñado para nunca ser probado. Y luego se confiesa. El Inspector Hoffman tiene razón: los asesinos meticulosos quieren ser descubiertos. Quieren que alguien aprecie lo que hicieron.

La línea entre el veneno y el remedio. La frase que Frida pronuncia el primer día que hablan —"la línea entre el veneno y el remedio es cuestión de dosis"— es el eje de la novela. Se aplica a la tetrodotoxina, al amor, al privilegio social, y finalmente a Hans mismo.

El crimen como problema intelectual. Hans no siente ira ni odio hacia Otto: siente que Otto es una variable que distorsiona sus resultados. La frialdad del bioquímico aplicada a las relaciones humanas es lo que hace al personaje genuinamente inquietante.

El epílogo como segundo crimen. Cinco años después, Hans es profesor titular y Frida está casada con el Dr. Weber —el único que habría podido

comprender técnicamente lo que Hans hizo—. La última escena en el BMW sugiere que Frida sabía desde el principio, que Weber también sabe, y que el equilibrio de poder entre los tres descansa sobre secretos compartidos. El crimen "perfecto" resultó ser el inicio de algo más oscuro y más duradero.

CITAS DESTACADAS

"La ciencia requiere ocasionalmente salir de la zona de confort."

"El error, querido Yorick, no fue en la fórmula. El error fue subestimar los avances en toxicología forense. Siempre hay variables imprevistas en cualquier experimento."

"Son los más difíciles de atrapar, pero también los que inevitablemente cometen un error. No porque sean incompetentes, sino porque, en el fondo, quieren ser descubiertos. Quieren que alguien aprecie la brillantez de su plan."

"No fue por celos. Fue por higiene social."

"Fui derrotado no por la ciencia forense, no por un detective brillante, sino por algo tan trivial como los sentimientos humanos."

"La ventaja de inventar el método de detección es que sabes exactamente cómo evitarlo… para la próxima vez."

COMPARACIONES LITERARIAS

"El talento de Mr. Ripley" de Patricia Highsmith: El asesino inteligente que planifica con frialdad, la tensión entre el crimen ejecutado y la investigación que se acerca, el final ambiguo donde la justicia no llega de manera convencional. Highsmith es la referencia más directa en tono y estructura.

"El perfume" de Patrick Süskind: El protagonista que observa el mundo desde afuera con una sensibilidad tan extrema que se convierte en monstruosa. La Universidad de Colonia como escenario conecta además con la tradición del Kriminalroman alemán.

"Crimen y castigo" de Dostoievski, invertido: Donde Raskolnikov se destruye por la culpa, Hans se destruye por la vanidad intelectual. La confesión no es moral sino narcisista, lo que hace la inversión más inquietante que el original.

"El proceso" de Kafka: No en el tono sino en la estructura del prólogo: el caso está cerrado antes de que empiece la novela. El lector sabe el desenlace desde la primera página y lee para entender el camino, no para descubrir el final.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El Inspector Hoffman propone que los asesinos meticulosos cometen errores porque en el fondo quieren ser descubiertos. ¿Está de acuerdo? ¿O la confesión de Hans a Frida tiene otra explicación?

La novela arranca con el informe forense que revela que Hans está muerto y el caso cerrado. ¿Cómo afectó ese conocimiento previo su experiencia de la lectura? ¿Cambiaría algo si no lo supiera desde el principio?

El epílogo sugiere que Frida sabía la verdad desde mucho antes de la confesión en el café, y que decidió no actuar. ¿Qué la convierte en cómplice? ¿O hay otra lectura de su comportamiento?

Hans describe el asesinato de Otto como "higiene social", no como celos. ¿Le parece esa racionalización más o menos perturbadora que los celos convencionales como motivo?

El Dr. Weber aparece en el epílogo como el marido de Frida, casado con ella después de que Hans murió. Siendo el único que habría podido entender técnicamente el crimen, ¿qué implica esa elección de Frida?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA: Rangel Abud, S. (2026). Tetrodotoxina para el corazón. Internet Archive. [URL]

Formato MLA: Rangel Abud, Salvador. Tetrodotoxina para el corazón. 2026. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago: Rangel Abud, Salvador. Tetrodotoxina para el corazón. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2026. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud Ubicación: Xalapa, Veracruz, México Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras disponibles en Internet Archive: "El Descubrimiento del Milenio" (2026), "El Jardín de los Recuerdos" (2026), "Proyecto Pandora" (2026), "Amor efímero... pero eterno" (2026), "Espérame, América, que ahí te voy" (2026), "El secreto de María" (2026), "El paciente impaciente" (2026), "Communio" (2026), "Por si el corazón me falla" (2026), "Amor sin Destino" (2025), "Donde el aire ya no alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "Los Incendiarios de Papel" (2025), "La Última Ovación" (2025), y más de cuarenta títulos adicionales.

MENSAJE FINAL

Hay una clase de thriller que se disfruta como se disfruta un problema bien planteado: no por el horror sino por la elegancia de la construcción. *Tetrodotoxina para el corazón* pertenece a esa clase.

Hans Müller es un personaje que el lector no puede aprobar y que tampoco puede dejar de seguir. Su lógica es internamente consistente, su inteligencia es genuina, y su derrota final —no por la ciencia forense sino por la necesidad humana de ser conocido— tiene algo de tragedia clásica.

La tetrodotoxina del título no es solo el arma. Es la metáfora de lo que la novela propone: que el conocimiento sin empatía, el talento sin conexión humana, la brillantez sin amor, son también formas de veneno. Que envenenan primero al que las porta.

Hans lo entendió demasiado tarde. O quizás lo entendió desde el principio, y por eso se confesó.

La línea entre el veneno y el remedio, como dijo Frida el primer día, es meramente cuestión de dosis.

Publicación digital de distribución libre Creative Commons BY-NC-ND 4.0
2026

ÍNDICE

PRÓLOGO
Capítulo 1: El Observador Silencioso
Capítulo 2: Amistad y Obsesión
Capítulo 3: El Plan Perfecto
Capítulo 4: La Preparación
Capítulo 5: El Momento Decisivo
Capítulo 6: Consecuencias
Capítulo 7: El Crimen Perfecto
EPÍLOGO

PRÓLOGO

Informe preliminar para archivo clínico-forense:

Caso 7746: “Síndrome del Observador Silencioso”

Evaluador: Dr. Peter Krauss, Departamento de Psicología Criminal, Universidad de Leipzig.

Clasificación: Riesgo clínico alto.

Capacidad intelectual: Superior.

Indicadores: De psicopatía contenida.

Motivación: Afectiva de raíz obsesiva.

Estado del expediente: CERRADO

Sujeto: fallecido.

(Evaluación póstuma basada en testimonios, bitácoras, evidencia digital y registros de laboratorio)

Resumen del caso:

El presente informe documenta una de las manifestaciones más sofisticadas de agresión indirecta en sujetos con perfiles de aislamiento social extremo, inteligencia fuera del promedio y carencia de habilidades afectivas básicas. El caso 7746, registrado bajo el seudónimo de *Hans Müller*, representa un fenómeno de convergencia entre el talento científico avanzado y la necesidad afectiva no satisfecha, derivando en una forma de homicidio

planificado con intencionalidad emocional encubierta y método químico de alta especialización.

Hans Müller no fue un criminal común. Su arma no fue la ira, sino la precisión. No reaccionó, diseñó. Con la exactitud de un bioquímico y la frialdad de un entomólogo, convirtió el laboratorio en un templo privado donde su resentimiento se destiló gota a gota. Su perfil clínico no evidenció conductas antisociales abiertas, pero sí síntomas compatibles con *trastorno esquizoide de la personalidad*, acompañados de *ideación obsesiva* centrada en una figura femenina idealizada.

La relación con la estudiante *Frida Lehmann*, sin ser propiamente íntima, activó en Müller una respuesta afectiva primitiva: la esperanza. Pero esa esperanza se convirtió en ansiedad, luego en celos, y finalmente en racionalización vengativa. La presencia de un rival –el estudiante *Otto Schneider*– precipitó el descenso de Müller hacia una lógica distorsionada: preservar a Frida, no con el amor, sino eliminando lo que él interpretaba como la amenaza.

Este relato —novelado con rigor narrativo por su autor, pero basado en patrones de conducta reales— debe entenderse no como una ficción, sino como una advertencia. Un laboratorio puede ser más peligroso que una calle oscura si quien lo habita combina el conocimiento con la frustración emocional.

La tetrodotoxina, en este caso, no es solo una neurotoxina natural. Es una metáfora letal del corazón envenenado por el desprecio social, por la humillación sistemática, y por la incapacidad de canalizar el dolor sin convertirlo en cálculo químico.

El lector, entonces, no se enfrentará a un simple thriller universitario. Se adentrará en la mente de un joven brillante y roto, un hombre que, incapaz de ser amado, decidió volverse inolvidable.

Nota final: el caso 7746 redefine los límites entre víctima y victimario. Como en muchos crímenes sin sangre, lo monstruoso no está en el acto, sino en el motivo.

Capítulo 1

El Observador Silencioso

La Universidad de Colonia se alzaba majestuosa con sus edificios de arquitectura gótica y moderna entremezclados bajo el cielo gris de octubre. En el laboratorio de biología molecular, Hans Müller se inclinaba sobre su microscopio con la precisión de un cirujano. Sus dedos largos y pálidos ajustaban el enfoque mientras sus ojos, intensos y penetrantes, eran quizás lo único hermoso en un rostro que la naturaleza había compuesto con cruel desorden.

—Fascinante —murmuró para sí mismo mientras observaba la división celular que ocurría en la muestra—. Perfectamente fascinante.

El profesor Weber pasó junto a su estación de trabajo y se detuvo brevemente.

—Excelente trabajo como siempre, Herr Müller —comentó, echando un vistazo a las notas meticulosamente organizadas junto al microscopio—. Su análisis sobre la acción de las neurotoxinas en las células neuronales es brillante. Debería considerar publicarlo.

Hans apenas levantó la mirada. Estaba acostumbrado a los elogios académicos, pero sabía que fuera del laboratorio, en el mundo donde las interacciones humanas no seguían patrones predecibles como sus experimentos, era prácticamente invisible.

O peor aún, visible por las razones equivocadas.

El laboratorio comenzó a vaciarse cuando la clase terminó. Hans permaneció en su lugar, aprovechando el silencio. No tenía prisa por unirse al río de estudiantes que fluía por los pasillos entre clases, donde las miradas de soslayo y las risitas apenas disimuladas lo seguían como una sombra persistente.

—¿Puedo ver? —Una voz femenina interrumpió sus pensamientos.

Hans levantó la vista, sorprendido. Frida Lehmann estaba de pie junto a su mesa, con la larga cabellera rubia recogida en una coleta despreocupada y los ojos azules brillando con genuina curiosidad científica. Por un momento, Hans olvidó cómo respirar.

—Por supuesto —respondió finalmente, haciéndose a un lado con torpeza para permitirle acceso al microscopio.

Frida se inclinó, ajustando ligeramente el enfoque. Su perfume, sutil como el aroma de las flores silvestres, invadió el espacio personal de Hans, quien se tensó visiblemente.

—Es increíble cómo algo tan pequeño puede ser tan letal —comentó ella, refiriéndose a la muestra de tejido afectado por toxinas que Hans estudiaba —. El profesor Weber dice que nadie entiende los mecanismos bioquímicos de las neurotoxinas como tú.

Hans sintió un rubor incómodo cubriendo su rostro marcado por el acné severo que ni los mejores dermatólogos de Colonia habían podido mitigar.

—Es solo cuestión de observación metódica —respondió, ajustándose las gafas de montura negra que resbalaban por su nariz prominente.

—Y genio —añadió Frida con una sonrisa—. No seas modesto, Hans. Todo el departamento habla de ti.

"Hablan de mí por más razones de las que imaginas", pensó amargamente, pero se limitó a asentir.

Frida recogió sus libros.

—¿Te gustaría tomar un café en la cafetería? Tengo algunas dudas sobre el próximo trabajo de bioquímica, y realmente me vendría bien tu ayuda.

Hans parpadeó, confundido por la invitación. Era la primera vez que alguien —especialmente alguien como Frida— lo invitaba a algo fuera del contexto estrictamente académico.

—Yo... sí, claro —respondió, guardando apresuradamente sus notas en la mochila desgastada.

La cafetería universitaria bullía de actividad. Hans se sentía como un espécimen bajo el microscopio mientras seguía a Frida entre las mesas. Notó las miradas curiosas, los cuchicheos apenas disimulados. "El monstruo y la bella", casi podía escucharlos pensar.

Encontraron una mesa en un rincón relativamente tranquilo. Hans se sentó con la espalda contra la pared, su posición preferida para observar sin ser observado demasiado directamente.

La conversación fluyó sorprendentemente bien. Frida era inteligente y mostraba un interés genuino en las explicaciones detalladas de Hans sobre las rutas metabólicas y los mecanismos de acción de diversas toxinas naturales.

—Es fascinante cómo la naturaleza ha creado estos compuestos tan perfectamente letales —comentó ella, revolviendo distraídamente su café—. Como si hubiera diseñado armas perfectas.

Hans se inclinó ligeramente, su rostro animándose con un entusiasmo rara vez visto fuera del laboratorio.

—El tetrodotoxina del pez globo, por ejemplo —dijo, bajando instintivamente la voz—, puede matar a un adulto con una cantidad menor que la punta de un alfiler. Y lo hace paralizando gradualmente todos los músculos, incluido el diafragma, provocando asfixia mientras la víctima permanece completamente consciente.

—Aterrador —respondió Frida, genuinamente impresionada—. Y aun así, en Japón lo consideran una delicadeza culinaria.

—La línea entre el veneno y el remedio es a menudo cuestión de dosis —añadió Hans, sintiéndose más cómodo de lo que jamás había estado en una conversación casual—. Lo que mata en una cantidad puede curar en otra.

Frida lo miraba con genuina admiración, algo a lo que Hans no estaba acostumbrado. Por un momento, se permitió imaginar que era normal, que era como cualquier otro estudiante compartiendo un café con una compañera atractiva, que tal vez...

El momento se rompió abruptamente cuando un estruendo de risas masculinas invadió la cafetería. Hans no necesitó voltearse para saber quién acababa de entrar. La expresión de Frida, súbitamente iluminada, fue suficiente confirmación.

Otto Schneider y su séquito de atletas universitarios habían llegado, ocupando ruidosamente una mesa central, como si el espacio les perteneciera por derecho natural. Otto, con su metro noventa de músculo

perfectamente esculpido y su rostro de modelo de revista, era la antítesis perfecta de Hans.

Hans observó cómo los ojos de Frida se desviaban brevemente hacia Otto, quien saludaba a diestra y siniestra como un príncipe concediendo audiencia a sus súbditos. Algo frío y oscuro se removió en las profundidades del estómago de Hans.

—¿Conoces a Otto? —preguntó con una neutralidad estudiada.

Frida volvió su atención a Hans, con un ligero rubor en las mejillas.

—Compartimos clase de química orgánica —respondió casualmente—. Es bastante popular, ¿no?

Hans asintió, tomando un sorbo de su café ahora frío.

—Es la estrella del equipo de fútbol —comentó con lo que esperaba fuera indiferencia—. Dicen que tiene posibilidades de jugar profesionalmente después de graduarse.

Lo que no dijo fue que también conocía a Otto. Todos conocían a Otto, especialmente aquellos que, como Hans, habían sido objeto de sus burlas ocasionales. Nada demasiado directo —Otto era demasiado popular para ser abiertamente cruel— pero lo suficiente para dejar claro el orden natural de las cosas.

Como si hubiera sentido que hablaban de él, Otto levantó la mirada y la fijó directamente en su mesa. Por un momento, sus ojos se encontraron con los de Hans, y una sonrisa casi imperceptible curvó los labios perfectos del atleta. Luego, su mirada se deslizó hacia Frida, transformándose en algo completamente distinto: interés depredador apenas disimulado.

Hans sintió que algo dentro de él se tensaba como un alambre a punto de romperse. Observó, con una claridad casi clínica, cómo Otto decía algo a sus amigos, provocando miradas y risas en dirección a su mesa.

—¿Nos vamos? —sugirió Hans, repentinamente ansioso por salir de allí—. La biblioteca estará más tranquila para explicarte el metabolismo de los alcaloides.

Frida asintió, recogiendo sus cosas, aparentemente ajena al intercambio silencioso que acababa de ocurrir. Mientras se levantaban, Hans notó que Otto seguía cada movimiento de Frida con la intensidad de un halcón.

Fuera de la cafetería, Hans respiró profundamente. El aire fresco del campus despejó ligeramente la sensación de opresión que se había instalado en su pecho.

—Gracias por tu ayuda, Hans —dijo Frida con una sonrisa cálida—. Eres realmente brillante. No sé qué haría sin ti en estas clases avanzadas.

Hans sonrió tímidamente, el encuentro con Otto momentáneamente olvidado ante la sinceridad de Frida.

—No es nada —respondió, ajustándose nuevamente las gafas—. Me gusta explicar estas cosas.

—Somos amigos entonces, ¿verdad? —preguntó ella, con una naturalidad que a Hans le resultó casi dolorosa.

"Amigos," pensó. Una palabra que nunca había aplicado realmente a nadie en sus veintiún años de vida.

—Sí, supongo que lo somos —respondió con una voz más ronca de lo que pretendía.

Mientras caminaban hacia la biblioteca, Hans no pudo evitar pensar en la mirada de Otto. En cómo había mirado a Frida. Conocía ese patrón, lo había observado suficientes veces: Otto fijaba su objetivo, perseguía, conquistaba y luego descartaba, dejando corazones rotos a su paso como si fueran trofeos de caza.

"No Frida," pensó con una intensidad que lo sorprendió. "Ella no."

El pensamiento lo perturbó por su repentina fuerza, por la sensación de posesión que implicaba sobre alguien que apenas comenzaba a ser su amiga.

Pero mientras se sentaban en una mesa apartada de la biblioteca y él abría meticulosamente sus libros de texto, otra parte de su mente —una parte fría, analítica y distanciada— comenzó a calcular, como si estuviera ante un problema de laboratorio particularmente complejo.

Hans el científico observaba, analizaba, planificaba. Y por primera vez, esa brillante mente que podía descomponer las moléculas más complejas comenzó a considerar una aplicación práctica de su conocimiento que nunca antes había contemplado.

En el silencio de la biblioteca, mientras explicaba pacientemente a Frida la estructura molecular de la ricina, Hans Müller sonrió.

Una sonrisa pequeña, casi imperceptible. Y absolutamente aterradora.

Capítulo 2

Amistad y Obsesión

La relación entre Hans y Frida floreció durante las semanas siguientes como un cultivo cuidadosamente nutrido en el laboratorio. Para Hans, cada minuto en compañía de Frida era una muestra preciosa que analizaba y atesoraba, catalogando meticulosamente cada sonrisa, cada roce accidental, cada mirada que interpretaba como especial.

Los martes y jueves se habían convertido en sus días favoritos. Compartían el laboratorio de toxicología avanzada, donde el profesor Weber les había asignado un proyecto conjunto sobre neurotoxinas naturales y sus posibles aplicaciones médicas. Para cualquier otro estudiante, podría ser un tema sombríamente técnico, pero para ellos, especialmente para Hans, era fascinante.

—¿Sabías que hay chamanes en Sudamérica que utilizan dosis controladas de veneno de rana para inducir estados alterados de consciencia con fines

medicinales? —comentó Hans mientras ajustaba cuidadosamente el pH de una solución bajo la campana de extracción.

Frida, inclinada sobre su cuaderno de notas, levantó la mirada con genuino interés.

—¿Y no mueren en el proceso?

—Todo es cuestión de dosis —respondió Hans con una sonrisa que iluminaba su rostro desgarbado—. La misma sustancia que mata puede curar. Es el principio básico de la farmacología moderna.

Era en estos momentos cuando Hans sentía que la distancia abismal entre él y el resto del mundo se reducía. En el laboratorio, con sus manos enfundadas en guantes de látex manipulando compuestos que podrían matar a un hombre con una fracción de gramo, se sentía poderoso. Y junto a Frida, casi... normal.

—Eres como un mago de la química, Hans —comentó ella mientras observaba cómo él separaba con precisión quirúrgica los órganos internos de un pequeño pez globo que el departamento había conseguido para su investigación—. Nunca había visto a nadie trabajar con tanta precisión.

Hans sintió el familiar rubor extendiéndose por su rostro marcado. Afortunadamente, las gafas protectoras y la mascarilla ocultaban parte de su reacción.

—La tetrodotoxina se concentra principalmente en las vísceras y los ovarios —explicó, agradecido de poder esconderse tras la jerga científica—. En Japón, solo los chefs con años de entrenamiento pueden preparar fugu. Un error de cálculo y toda una mesa de comensales termina paralizada hasta la muerte.

—Muerte consciente —añadió Frida, recordando sus explicaciones previas—. La toxina no afecta el cerebro, solo los músculos.

—Exacto —confirmó Hans, complacido por su atención a los detalles—. La víctima permanece perfectamente lúcida mientras su cuerpo se paraliza gradualmente. Primero los labios, luego las extremidades, finalmente el diafragma... —hizo una pausa teatral—. Y todo el tiempo, consciente de cada segundo del proceso.

—Espeluznante —murmuró Frida, pero sus ojos brillaban con la misma fascinación científica que Hans sentía.

Fue ese pequeño momento de complicidad lo que hizo que Hans se atreviera a hacer algo que nunca antes había considerado.

—Hay un simposio sobre toxinas marinas este fin de semana en el Instituto Oceanográfico —dijo, manteniendo los ojos fijos en su trabajo—. Pensé que quizás... si no tienes otros planes... podríamos asistir juntos.

El silencio que siguió le pareció eterno. Hans continuó diseccionando meticulosamente, temeroso de levantar la mirada y encontrar rechazo o, peor aún, lástima en los ojos de Frida.

—Suena fascinante —respondió finalmente ella—. Me encantaría ir contigo.

Hans casi dejó caer su escalpelo. Levantó la vista tan rápidamente que sus gafas protectoras se empañaron ligeramente.

—¿En serio? —preguntó, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Por supuesto —sonrió Frida—. ¿Por qué no? Somos amigos, ¿verdad?

Amigos. Esa palabra otra vez. Hans asintió, regresando a su trabajo con renovada concentración. "Amigos", se repitió mentalmente. Era más de lo que jamás había tenido, y aun así, en algún lugar profundo de su interior, sentía un anhelo por algo más que no se atrevía a nombrar siquiera para sí mismo.

El viernes por la tarde, Hans esperaba nerviosamente en la entrada principal del campus. Se había puesto su única camisa decente, una prenda azul pálido que su madre le había regalado en Navidad y que hasta ahora no había tenido ocasión de usar. También se había cortado el pelo, un desastre que solo había empeorado su apariencia al resaltar los ángulos desproporcionados de su rostro.

Consultó su reloj por décima vez. Frida llevaba siete minutos y cuarenta y tres segundos de retraso. No era propio de ella. Frida era puntual, metódica, predecible en sus hábitos. Era una de las cosas que Hans más apreciaba de ella.

Cuando la vio aparecer a lo lejos, el alivio inicial se transformó rápidamente en algo oscuro y doloroso. No venía sola.

Otto Schneider caminaba junto a ella, inclinándose ocasionalmente para decirle algo al oído que la hacía reír. El sonido de esa risa, normalmente música para Hans, ahora le parecía una traición física.

Se acercaron hasta donde Hans esperaba, petrificado como si hubiera entrado en contacto con su propia tetrodotoxina.

—¡Hans! —exclamó Frida con evidente entusiasmo—. Lamento llegar tarde. Me encontré con Otto cuando salía del dormitorio y nos pusimos a charlar. ¿Te importa si nos acompaña al simposio? Resulta que está haciendo un trabajo sobre bioquímica marina para su clase de ciencias ambientales.

Otto extendió su mano hacia Hans con una sonrisa radiante.

—Müller, ¿verdad? Creo que no nos han presentado formalmente. Otto Schneider.

Hans miró la mano extendida como si fuera una serpiente venenosa. Después de un momento incómodamente largo, la estrechó brevemente, sintiendo cómo sus propios dedos huesudos desaparecían en el apretón firme del atleta.

—Ya nos conocemos —murmuró Hans.

Otto pareció momentáneamente confundido, luego una chispa de reconocimiento brilló en sus ojos perfectamente azules.

—¡Claro! Química Orgánica, ¿cierto? —dijo con una naturalidad estudiada—. Tú eres el genio del que hablan todos los profesores.

Hans no se molestó en corregirlo. No mencionó el incidente del segundo año, cuando Otto y sus amigos habían "accidentalmente" derramado un cultivo bacteriano sobre sus notas meticulosamente preparadas para el examen final. No mencionó las risas disimuladas cada vez que entraba en el comedor universitario. No mencionó nada.

—El simposio comienza en cuarenta minutos —dijo en cambio, consultando su reloj—. Deberíamos irnos ya.

En el tranvía hacia el Instituto Oceanográfico, Hans permaneció en silencio mientras Otto desplegaba todo su encanto con Frida. Para su consternación, ella parecía completamente receptiva, respondiendo con sonrisas y ocasionales toques en el brazo que nunca había dirigido hacia Hans.

—¿Entonces tú eres el experto en venenos? —preguntó Otto en un momento dado, dirigiéndose directamente a Hans—. Frida me ha contado sobre vuestro proyecto. Fascinante.

Hans ajustó sus gafas, un gesto nervioso que hacía cuando se sentía amenazado.

—Toxicología, no solo venenos —corrigió—. Estudiamos los mecanismos bioquímicos de compuestos biológicamente activos.

—Venenos, básicamente —insistió Otto con una sonrisa despreocupada—. Debe ser útil saber tanto sobre cómo matar cosas.

Hubo algo en su tono, una insinuación apenas perceptible, que hizo que Hans levantara la mirada de golpe. Los ojos de Otto, directos y desafiantes, se encontraron con los suyos por un instante. ¿Había sido su imaginación, o había una amenaza velada en aquella mirada aparentemente amistosa?

Frida, ajena a la tensión, cambió oportunamente de tema.

—¿Sabías que Otto está a punto de firmar un precontrato con el FC Köln? —comentó con evidente admiración—. Podría estar jugando profesionalmente el próximo año.

—Aún no es seguro —respondió Otto con falsa modestia—. Depende de cómo vaya la temporada.

—Irá bien —aseguró Frida, tocando nuevamente su brazo—. Eres el mejor delantero que ha tenido la universidad en años.

Hans observaba la interacción como si estuviera estudiando un cultivo bacteriano bajo el microscopio: con distancia científica y creciente alarma. Veía los patrones emergiendo, la química —ironía cruel— desarrollándose ante sus ojos. Otto había fijado su objetivo en Frida, tal como había temido.

Y lo peor era que parecía estar funcionando.

El simposio resultó ser una tortura para Hans. Lo que debería haber sido su elemento, rodeado de expertos hablando sobre temas que le apasionaban, se convirtió en un ejercicio de autocontrol mientras observaba a Otto

fingiendo interés en las presentaciones mientras claramente solo tenía ojos para Frida.

Durante la pausa para el café, Hans se excusó para ir al baño. Necesitaba un momento a solas, lejos de la visión de Otto inclinándose constantemente hacia Frida, invadiendo el espacio que Hans consideraba, irracionalmente, como propio.

En el baño vacío, se quitó las gafas y se echó agua fría en el rostro. Mirándose en el espejo, vio lo que siempre había visto: un rostro que ninguna cantidad de inteligencia podía compensar. Una cara que la naturaleza había compuesto como una cruel broma, con rasgos que individualmente podrían haber sido normales pero que juntos creaban una combinación que invariablemente provocaba miradas de incomodidad o lástima.

"¿Qué posibilidades tienes?", se preguntó con amarga lucidez. "Él es todo lo que tú no eres. Todo lo que nunca podrás ser."

La puerta del baño se abrió de repente, y Otto entró. Por un momento, pareció sorprendido de encontrar a Hans allí, pero luego sonrió mientras se acercaba al lavabo contiguo.

—Conferencias interesantes, ¿eh? —comentó casualmente mientras se lavaba las manos—. Aunque un poco densas para mi gusto.

Hans no respondió, colocándose de nuevo las gafas y preparándose para salir.

—Frida es increíble —continuó Otto, secándose las manos con parsimonia—. No había conocido a una chica así antes. Inteligente, guapa... —miró a Hans directamente—. Especial.

Había algo deliberadamente provocador en su tono. Hans se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta.

—Frida no es como las otras —dijo con una voz que no reconoció como propia, baja y tensa.

Otto levantó una ceja, aparentemente sorprendido por la súbita respuesta.

—Eso parece —concordó—. Por eso me interesa. No como un simple polvo, ¿sabes? Creo que podría ser algo serio.

Hans sintió que algo se rompía dentro de él. Un frasco de emociones cuidadosamente embotelladas que ahora se derramaba con efectos tóxicos.

—¿Como con Anna del departamento de Literatura? ¿O Sophia de Economía? ¿O las otras cinco o seis que han pasado por tu habitación este semestre? —Las palabras salieron antes de que pudiera contenerlas.

La sonrisa de Otto se desvaneció, reemplazada por una expresión más dura, más auténtica.

—Vaya, el ratón de biblioteca ha estado prestando atención —dijo, acercándose un paso—. ¿Qué pasa, Müller? ¿Celoso? ¿Pensabas que tenías alguna posibilidad con ella?

Hans no retrocedió, aunque cada instinto le gritaba que lo hiciera.

—Solo me preocupo por ella.

Otto rio, un sonido sin humor.

—Déjame adivinar: eres su "amigo". El buen Hans, siempre disponible para ayudar con los deberes, para escuchar sus problemas... —se inclinó ligeramente, bajando la voz—. Mientras fantaseas con ella por las noches. Patético.

Hans mantuvo la mirada fija, sosteniendo el contacto visual a pesar del impulso de apartar la vista.

—No la conoces —dijo con una calma que no sentía—. No sabes nada de ella.

—Sé lo suficiente —respondió Otto, arreglándose el cabello en el espejo con estudiada indiferencia—. Y pronto sabré mucho más. Ya lo verás.

Con eso, pasó junto a Hans, empujándolo ligeramente con el hombro al salir, un movimiento que podría haber pasado por accidental para cualquier observador.

Hans se quedó solo en el baño, temblando de rabia contenida. La imagen mental de Otto y Frida juntos, íntimos, se grabó en su cerebro como un ácido corrosivo.

"No, no, no," se repitió mentalmente como un mantra. No podía permitirlo. No podía dejar que alguien como Otto, superficial, egoísta, manipulador, destruyera a alguien tan pura como Frida.

Era en momentos como este cuando Hans sentía que la línea entre su brillantez y su locura se difuminaba peligrosamente. Su mente, siempre analítica, comenzó a calcular posibilidades, escenarios, métodos.

Se miró nuevamente en el espejo, y por un instante, no reconoció la expresión en su propio rostro. Había algo nuevo allí, algo frío y resuelto que nunca antes había visto.

"Todo es cuestión de dosis," se recordó. La misma sustancia que cura puede matar.

De vuelta en el laboratorio el lunes siguiente, Hans trabajaba solo. Frida había enviado un mensaje excusándose; tenía que asistir a una reunión del comité estudiantil. Hans sabía que era mentira. Otto había tenido un partido de fútbol esa tarde, y Frida habría estado entre el público.

Con meticulosa precisión, Hans extrajo una diminuta cantidad de fluido de un vial cuidadosamente etiquetado. Bajo la intensa luz del laboratorio, el líquido parecía completamente inocuo, transparente como el agua.

—Fascinante espécimen, ¿verdad? —La voz del profesor Weber lo sorprendió.

Hans no se sobresaltó. Sus manos permanecieron perfectamente estables mientras depositaba la muestra en una placa de Petri.

—Efectos neurotóxicos pronunciados, pero selectivos —respondió, ajustando el microscopio—. Afecta principalmente a las células musculares, dejando intacta la función cerebral.

Weber asintió, observando el trabajo de su alumno más brillante.

—Veo que estás analizando el efecto combinado con otros compuestos. ¿Alguna hipótesis interesante?

Hans consideró la pregunta por un momento.

—Teorizo que ciertas combinaciones podrían alterar la huella química, haciendo más difícil su detección en pruebas estándar, mientras mantienen la eficacia biológica.

—Interesante —murmuró Weber—. ¿Aplicaciones médicas?

—Posiblemente —respondió Hans evasivamente—. O forenses. Conocer cómo se pueden enmascarar toxinas podría ayudar a desarrollar mejores métodos de detección.

Weber pareció satisfecho con la respuesta.

—Tu trabajo siempre ha sido excepcional, Hans, pero últimamente noto un enfoque... intensificado. Me alegra ver tanta pasión.

Cuando el profesor se alejó, Hans volvió a su trabajo. En su cuaderno de laboratorio personal, no en el oficial que entregaría para evaluación, había comenzado una serie de notas detalladas. Cálculos precisos, combinaciones químicas, tiempos de acción, métodos de administración.

Su teléfono vibró con un mensaje. Era de Frida.

Lo siento por faltar hoy. ¿Todavía amigos? Te invito un café mañana para compensar.

Hans miró el mensaje largo rato. Luego, con cuidado, guardó el teléfono y regresó a su trabajo.

En la placa de Petri, las células musculares comenzaban a mostrar signos de degeneración, exactamente como había predicho. Perfectamente predecible. Perfectamente controlable.

Como todo lo demás pronto sería.

Hans sonrió, una expresión que habría alarmado a cualquiera que la hubiera visto. Pero estaba solo en el laboratorio, rodeado únicamente por sus toxinas y sus pensamientos cada vez más oscuros.

"Todavía amigos," pensó. "Por supuesto que sí, Frida. Siempre."

Y con esa certeza, continuó su trabajo mientras la noche caía sobre la Universidad de Colonia, y en algún lugar del campus, Otto Schneider vivía sus últimos días sin saberlo.

Capítulo 3

El Plan Perfecto

La biblioteca universitaria permanecía abierta hasta la medianoche, un oasis de silencio donde Hans encontraba refugio cuando el ruido del mundo se volvía insoportable. A esa hora tardía, la sección de bioquímica estaba prácticamente desierta, excepto por él, sentado en su rincón habitual junto a la ventana que daba al campo de fútbol.

Desde allí, con las luces del estadio aún encendidas para el entrenamiento nocturno, podía ver a Otto corriendo con gracia felina, dominando el balón como si fuera una extensión de su propio cuerpo. Llevaba observándolo durante cuarenta y tres minutos exactamente, estudiando sus movimientos, sus rutinas, sus interacciones con los demás jugadores.

"Conoce a tu enemigo", pensó Hans, un principio tan válido en la guerra como en la ciencia.

Apartó la mirada y volvió a concentrarse en el libro de texto abierto sobre la mesa: "Toxicología Forense: Principios y Aplicaciones". No era parte del programa académico; era una investigación personal. Con meticulosidad, tomaba notas en un cuaderno encuadernado en cuero negro que jamás dejaba desatendido.

Su teléfono vibró. Un mensaje de Frida.

¿Todavía en la biblioteca? Acabo de terminar con el comité estudiantil. ¿Café?

Hans miró la hora: 10:42 PM. El entrenamiento de fútbol terminaría en aproximadamente dieciocho minutos.

Lo siento, estoy terminando un artículo para Weber. ¿Mañana? Respondió, sabiendo perfectamente que Otto saldría del entrenamiento a las 11:00 PM y que el camino desde el estadio hasta el dormitorio de Frida pasaba convenientemente por la cafetería nocturna.

No era casualidad. Hans había observado este patrón durante semanas, viendo cómo los "encuentros casuales" entre Otto y Frida se habían vuelto cada vez más frecuentes. Cómo ella sonreía diferente cuando él aparecía. Cómo sus ojos lo seguían cuando pensaba que nadie la observaba.

Pero Hans siempre observaba.

Ok! Buenas noches entonces, genio. No trabajes demasiado ;)

El emoticón le produjo una punzada de dolor físico. La familiaridad, la calidez que alguna vez había sido solo para él, ahora parecía diluirse, infectada por la presencia de Otto en su vida.

Cerró el libro con un golpe seco que resonó en la biblioteca vacía, ganándose una mirada reprobatoria de la bibliotecaria nocturna.

—Disculpe —murmuró, recogiendo sus cosas.

Mientras caminaba hacia su habitación en la residencia de estudiantes, Hans repasaba mentalmente los hechos científicos que había estado investigando. La tetrodotoxina del pez globo era potente, ciertamente, pero demasiado

conocida. Cualquier intoxicación sospechosa sería inmediatamente analizada para detectarla.

Necesitaba algo más sutil. Algo indetectable. Algo perfecto.

Su teléfono vibró nuevamente. Esperando otro mensaje de Frida, lo sacó rápidamente, pero era una notificación de la plataforma de la universidad. El profesor Weber había publicado los resultados del último examen de toxicología avanzada.

Hans abrió la aplicación. No se sorprendió al ver su propia calificación: 100/100. Lo que sí le sorprendió fue ver que Otto Schneider había obtenido un 92/100.

Se detuvo en seco en medio del camino. ¿Otto en toxicología avanzada? No era posible. Esa asignatura era optativa, reservada para estudiantes de último año con especialización en bioquímica. ¿Qué demonios hacía un estudiante de educación física en una clase tan específica?

La respuesta llegó dos minutos después, cuando su teléfono vibró con un nuevo mensaje de Frida.

¡Adivina qué! Otto sacó un 92 en toxicología. ¿Puedes creerlo? Dice que es gracias a mi ayuda. Hemos estado estudiando juntos. ¿No es genial?

Hans sintió una oleada de náuseas. Las imágenes mentales se sucedieron rápidamente: Frida y Otto "estudiando" en la habitación de ella, los libros olvidados, las risas, los toques accidentales que se volverían intencionados...

Se obligó a responder.

Impresionante. Felicidades a ambos.

Guardó el teléfono y continuó caminando, más rápido ahora, como si pudiera dejar atrás los pensamientos que lo perseguían. La noche de octubre era fría, y el viento cortante parecía burlarse de su dolor.

"Estudiando juntos," repitió en su mente. La frase más vieja del mundo. El pretexto más antiguo.

Y entonces, como si la naturaleza quisiera subrayar la crueldad del momento, vio a Frida y Otto saliendo de la cafetería nocturna, riendo. Ella llevaba puesta la chaqueta de él, demasiado grande para su figura delicada. Otto tenía su brazo alrededor de los hombros de ella, en un gesto posesivo que hizo que algo oscuro se agitara en las profundidades del cerebro de Hans.

Se quedó inmóvil, oculto en las sombras de un árbol, observándolos alejarse hacia los dormitorios femeninos. Vio cómo se detenían en la entrada, cómo Otto se inclinaba lentamente, cómo Frida levantaba el rostro hacia él con una anticipación evidente.

Hans apartó la mirada antes del beso. Algunas cosas, incluso él, no podía soportar verlas.

La residencia de estudiantes estaba en silencio cuando Hans entró, evitando la sala común donde los pocos noctámbulos veían un partido de fútbol

retransmitido. Su habitación, la 307, estaba al final del pasillo, aislada y silenciosa, justo como a él le gustaba.

Cerró la puerta con llave, encendió la lámpara de escritorio y sacó su cuaderno negro. La habitación, a diferencia de las típicas habitaciones estudiantiles desordenadas, estaba impecablemente organizada. Los libros, clasificados por tema y autor, ocupaban estanterías que cubrían dos paredes enteras. En la tercera pared, un tablón de corcho contenía diagramas, estructuras moleculares y recortes de artículos científicos, conectados por hilos de colores en un patrón que solo tendría sentido para su creador.

La cuarta pared, frente a su cama, estaba vacía excepto por una única fotografía: él y Frida en el laboratorio, sonriendo a la cámara, con batas blancas y gafas protectoras. Era el fondo de pantalla de su teléfono también. Y su correo electrónico. Y cada dispositivo que poseía.

Hans encendió su ordenador portátil y abrió un archivo protegido con contraseña titulado simplemente "Proyecto T". Dentro había notas detalladas sobre diversos compuestos tóxicos, sus efectos, métodos de detección y, lo más importante para sus propósitos, sus limitaciones.

Un documento en particular ocupaba ahora su atención: una monografía científica sobre la combinación de toxinas naturales para producir efectos sinérgicos. La sinergia, ese hermoso principio por el cual la combinación de dos o más elementos produce un efecto mayor que la suma de sus efectos individuales.

Dos toxinas que por separado podrían ser detectables, juntas podrían crear algo nuevo. Algo invisible para los análisis toxicológicos estándar.

Hans dibujó cuidadosamente estructuras moleculares en su cuaderno. Trazó rutas metabólicas, calculó dosis, estimó tiempos de absorción. Su mente funcionaba con claridad cristalina, sin que la emoción nublara su juicio. Era un problema científico, nada más. Un rompecabezas que necesitaba resolver.

Solo que, a diferencia de sus otros proyectos académicos, este tenía un propósito muy específico.

Su teléfono vibró nuevamente.

¿Estás despierto? Necesito hablarte de algo. Es importante.

Frida, de nuevo. Hans miró la hora: 1:17 AM.

Estoy despierto. ¿Qué sucede?

La respuesta tardó en llegar.

Otto me ha invitado a salir oficialmente. Como su novia. Le he dicho que sí. Quería que lo supieras por mí. Eres mi mejor amigo, Hans. Tu opinión es importante para mí.

Hans miró fijamente el mensaje, releyéndolo una y otra vez. Cada palabra parecía grabarse a fuego en su cerebro. "Novia". "Sí". "Mejor amigo".

Con dedos que de repente parecían torpes y ajenos, tecleó una respuesta.

Si te hace feliz, me alegro por ti. Te mereces lo mejor, Frida.

Apagó el teléfono inmediatamente después. No quería ver su respuesta. No podía.

Se quedó sentado en completa oscuridad durante varios minutos, con la mente extrañamente vacía. Luego, con movimientos mecánicos, volvió a encender la lámpara y retomó sus notas.

Ahora, lo que había sido un ejercicio teórico se convertía en un plan concreto. Las líneas trazadas con rapidez en el papel comenzaron a formar un patrón mortífero, una fórmula que nadie más en el mundo podría concebir.

Hans sonrió en la soledad de su habitación, y la sonrisa transformó su rostro de una manera inquietante.

"Un mes", pensó. "Necesito un mes para perfeccionarlo todo."

El laboratorio de investigación avanzada estaba reservado exclusivamente para estudiantes de doctorado y posdoctorado. Sin embargo, el profesor Weber, reconociendo el talento excepcional de Hans, le había concedido acceso durante las tardes de los sábados, cuando el edificio estaba prácticamente desierto.

Era el tercer sábado consecutivo que Hans pasaba allí, trabajando en lo que oficialmente había registrado como "Efectos sinérgicos de compuestos naturales derivados de organismos marinos en células neuronales in vitro".

Nadie cuestionaba su trabajo. Nadie revisaba sus resultados. La confianza que la facultad tenía en él era absoluta.

Confianza que ahora estaba utilizando para crear algo que ningún protocolo de ética científica jamás aprobaría.

Con cuidado, extrajo una pequeña muestra de un cultivo celular expuesto a su compuesto experimental. Bajo el microscopio, las células mostraban exactamente el tipo de degeneración que había predicho: una muerte celular que imitaba perfectamente un fallo cardíaco natural.

—Fascinante —murmuró para sí mismo.

—¿Qué es fascinante?

La voz lo sobresaltó tanto que casi dejó caer la placa de Petri. Se volvió rápidamente para encontrar a Otto Schneider apoyado casualmente en el marco de la puerta del laboratorio, con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Hans, recuperando la compostura—. Esta área está restringida.

Otto se encogió de hombros, avanzando hacia el interior del laboratorio con esa confianza que siempre parecía acompañarlo, como si todas las puertas debieran abrirse para él por derecho natural.

—Dejé mi libro de texto en el laboratorio de prácticas y el conserje me dijo que estabas aquí. Pensé en saludar —su mirada se posó en los equipos

sofisticados, en las muestras cuidadosamente etiquetadas—. Impresionante. Esto es ciencia real, ¿eh?

Hans se interpuso disimuladamente entre Otto y su estación de trabajo, cubriendo sus notas.

—Como dije, área restringida. Tu libro no estaría aquí. Este no es el laboratorio de prácticas.

Otto sonrió más ampliamente, ignorando la hostilidad apenas velada.

—¿Siempre tan serio, Müller? Deberías relajarte de vez en cuando. Hace maravillas por tu salud.

Hans permaneció en silencio, esperando que Otto captara la indirecta y se marchara. Pero el atleta parecía disfrutar de su incomodidad.

—Frida me contó que eres su mejor amigo —continuó Otto, examinando despreocupadamente una fila de viales sellados—. Dice que eres brillante. Un genio, de hecho.

—Frida es amable —respondió Hans brevemente.

—También dice que eres muy protector con ella —Otto lo miró directamente ahora, toda pretensión de casualidad abandonada—. Casi... demasiado protector. Como si sintieras que te pertenece.

Hans sintió que su pulso se aceleraba, pero mantuvo la expresión neutral.

—Te equivocas. Solo me preocupo por ella.

—Oh, eso es obvio —Otto se acercó un paso más, invadiendo deliberadamente el espacio personal de Hans—. Pero quizás debas aceptar que ella ha tomado su decisión. Y me ha elegido a mí.

La crueldad innecesaria de la declaración reveló más de Otto de lo que él mismo probablemente se daba cuenta. No era simple arrogancia; era sadismo calculado.

—Si la lastimaras de alguna manera... —comenzó Hans, sorprendido por la intensidad en su propia voz.

Otto rio, un sonido breve y cortante.

—¿Qué? ¿Qué harías exactamente, Müller? —Su tono era burlón, desafiante —. ¿Envenenarme con tus pociones mágicas?

El silencio que siguió fue tan denso que casi podía cortarse. Hans mantuvo la mirada fija en los ojos de Otto, sin parpadear, sin retroceder.

—Solo digo que ella merece lo mejor —respondió finalmente, con una calma que no sentía—. Y ambos sabemos que tú solo juegas con ella, como has hecho con todas las demás.

La expresión de Otto cambió sutilmente, una mezcla de sorpresa e irritación cruzando su rostro perfecto.

—No sabes nada sobre mí y Frida —dijo, la sonrisa completamente desaparecida ahora—. Quizás esta vez es diferente. Quizás ella es especial.

Hans casi rio ante la ironía. ¿Cuántas veces habría Otto repetido esa misma frase a cuántas chicas diferentes?

—Por supuesto que es especial —respondió—. Siempre lo ha sido.

Otto lo estudió por un momento, como si viera algo nuevo en él, algo que no había notado antes.

—Sabes, al principio pensé que eras solo un friki patético —dijo finalmente—. Pero ahora me doy cuenta. Estás enamorado de ella, ¿verdad?

Hans no respondió. No necesitaba hacerlo. Su silencio fue respuesta suficiente.

Otto asintió lentamente, como confirmando algo que ya sospechaba.

—Eso lo explica todo. El amigo invisible, siempre a la sombra, esperando su oportunidad —dio un paso atrás, como si la revelación le hubiera dado una victoria—. Bueno, lamento decirte que nunca tendrás una oportunidad, amigo. No con ella. No con nadie que luzca como ella.

Hans permaneció inmóvil, soportando el golpe sin visible reacción.

—Eso no cambia lo que dije —respondió con voz plana—. Si la lastimas, lo lamentarás.

Para su sorpresa, Otto no se rio esta vez. Lo miró con una expresión casi evaluadora, como si recalculara algo.

—Interesante —dijo finalmente—. Bueno, quizás deberías hablar menos y actuar más, Müller. Así es como se gana en la vida real —se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en la puerta—. Oh, y felicita al profesor Weber de mi parte. Gracias a su recomendación, me han aceptado en un programa de investigación deportiva para el verano. Extraño, ¿verdad? Todos parecen pensar que tengo potencial. Todos excepto tú.

Cuando la puerta se cerró tras él, Hans permaneció inmóvil durante varios minutos, procesando lo que acababa de ocurrir. La confrontación directa había sido inesperada, pero reveladora.

Otto no era solo un atleta superficial como había asumido. Había inteligencia calculadora detrás de esa fachada de despreocupación. Y, lo que era más preocupante, parecía haber intuido algo sobre Hans, algo que nadie más había visto.

Volvió a su trabajo con renovado enfoque, pero sus pensamientos seguían volviendo a la amenaza velada que había percibido. "Hablar menos y actuar más". Era casi como si Otto lo estuviera retando.

Bien. Hans nunca había rechazado un desafío intelectual.

Tomó su cuaderno negro y anotó: "Factor O: más astuto de lo previsto. Ajustar enfoque".

El tiempo pasaba de forma diferente para Hans. Mientras el semestre avanzaba, mientras las semanas se sucedían con el ritmo predecible de clases, laboratorios y exámenes, él vivía en dos realidades paralelas.

En una, era el estudiante ejemplar de siempre. Asistía a clase, entregaba trabajos perfectos, ayudaba a sus compañeros cuando el profesor lo pedía. Incluso mantenía su amistad con Frida, escuchando pacientemente cuando ella hablaba sobre Otto, ofreciendo consejos, siendo el amigo perfecto que siempre había sido.

En la otra realidad, la que ocupaba las noches en su laboratorio privado, Hans perfeccionaba su creación. Semana tras semana, prueba tras prueba, ajustaba concentraciones, modificaba compuestos, hasta que finalmente obtuvo exactamente lo que buscaba.

Una toxina que no aparecería en ninguna prueba estándar. Que actuaría lentamente, acumulándose en el sistema sin síntomas evidentes hasta alcanzar el umbral crítico. Que entonces provocaría un fallo cardíaco que parecería completamente natural, especialmente en alguien sometido al estrés físico intenso del deporte profesional.

Perfecto. Indetectable. Letal.

El último paso era el método de administración. Tenía que ser algo que no levantara sospechas, algo a lo que pudiera acceder fácilmente y que Otto consumiera regularmente.

La oportunidad se presentó durante la cena de celebración por la victoria del equipo de fútbol en el campeonato regional. Toda la universidad estaba invitada al evento en el gran salón. Hans normalmente habría evitado una ocasión así, pero esta vez aceptó cuando Frida insistió en que la acompañara.

—Vamos, Hans, será divertido. Además, casi no te veo últimamente fuera de clase —había dicho ella, con esa sonrisa que él era incapaz de rechazar—. Otto dice que también deberías venir. Le he hablado tanto de ti que tiene curiosidad por conocerte mejor.

Hans había sonreído ante la ironía.

—Por supuesto. No me lo perdería.

La cena era exactamente el tipo de evento que Hans despreciaba: ruidoso, abarrotado, superficial. Permaneció en un rincón, observando cómo Frida resplandecía junto a Otto en la mesa principal, con su vestido azul resaltando perfectamente contra el traje oscuro de él. Parecían salidos de una revista, la pareja perfecta: él, el atleta estrella; ella, la belleza intelectual.

Hans bebió un sorbo de su agua mineral, observando sobre el borde del vaso. Notó cómo Otto bebía repetidamente de su botella de suplemento deportivo personalizada, la misma que llevaba a cada entrenamiento, a cada partido. La botella con su nombre grabado que dejaba descuidadamente en los vestuarios mientras se duchaba después de los entrenamientos.

Vestuarios a los que Hans, como asistente del departamento de ciencias, tenía acceso para recoger muestras de sudor para un estudio sobre electrolitos en atletas de alto rendimiento.

Un estudio que él mismo había propuesto.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando Frida se acercó, resplandeciente de felicidad.

—¡Hans! Ven, únete a nosotros. Otto insiste —lo tomó de la mano, arrastrándolo hacia la mesa principal.

Hans se dejó llevar, manteniendo su expresión neutral mientras se sentaba junto a Otto, quien le ofreció una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Müller, el hombre misterioso —dijo Otto, levantando su copa en un brindis burlón—. Frida dice que eres como su hermano. Supongo que eso nos convierte casi en familia, ¿eh?

El dolor que esas palabras provocaron fue cuidadosamente disimulado tras una sonrisa educada.

—Supongo que sí —respondió Hans, levantando también su vaso—. Por la familia, entonces.

Otto rio, genuinamente divertido por primera vez.

—Por la familia —repitió, bebiendo profundamente.

Mientras la velada continuaba, mientras las conversaciones fluían a su alrededor, Hans observaba. Memorizaba rutinas, horarios, hábitos. Calculaba intervalos entre entrenamientos, estimaba consumo de líquidos, ajustaba mentalmente dosificaciones.

Y cuando Frida no miraba, cuando nadie prestaba atención, Hans y Otto intercambiaban miradas que contenían un entendimiento que nadie más hubiera podido descifrar. Un duelo silencioso, un desafío mutuo.

"Hablar menos y actuar más."

Más tarde esa noche, de vuelta en su habitación, Hans revisó su plan una última vez. Todo estaba preparado, calculado con precisión científica. Solo faltaba ejecutarlo.

Abrió su ordenador y escribió un correo electrónico al profesor Weber, solicitando continuar con su proyecto de investigación sobre electrolitos durante las próximas tres semanas. El acceso a los vestuarios era crucial.

Mientras esperaba la respuesta, que sabía sería afirmativa, Hans contempló la fotografía de Frida en su pared. Su sonrisa, su inocencia, la luz en sus ojos que Otto eventualmente apagaría, como había hecho con tantas otras.

"No esta vez", pensó Hans. "Esta vez será diferente."

Su teléfono vibró con un mensaje de Weber: "Por supuesto, Hans. Los vestuarios estarán disponibles para tus muestras. Avísame si necesitas algo más."

Hans sonrió. El plan estaba en marcha.

En su cuaderno negro, anotó: "Fase 1 iniciada. 21 días hasta efecto completo."

Luego cerró el cuaderno, lo guardó en su caja fuerte personal, y se acostó. Por primera vez en semanas, durmió profundamente, sin sueños, con la serenidad de quien ha resuelto un problema particularmente difícil.

El plan perfecto.

Capítulo 4

La Preparación

El laboratorio de bioquímica avanzada estaba desierto a las dos de la madrugada. Una única lámpara iluminaba la mesa de trabajo donde Hans manipulaba con precisión quirúrgica varios matraces y tubos de ensayo. Con el permiso especial que su brillantez académica le había granjeado, tenía acceso ilimitado a las instalaciones para su "investigación sobre neurotoxinas naturales y sus aplicaciones terapéuticas". El profesor Weber había firmado la autorización sin hacer demasiadas preguntas.

"Las aplicaciones terapéuticas... qué concepto tan elástico", murmuró Hans con una sonrisa torcida mientras extraía con extremo cuidado el hígado del pez globo que había conseguido a través de un contacto en el departamento de biología marina.

Llevaba tres semanas experimentando, tras haber perfeccionado su plan como quien resuelve una ecuación diferencial particularmente compleja. La tetrodotoxina del pez globo era solo el componente base. Hans estaba creando una sinfonía bioquímica donde cada elemento jugaría un papel crucial.

—El truco no es solo matar —le explicó a la calavera de plástico que había "tomado prestada" del departamento de anatomía y que ahora presidía su estación de trabajo como una macabra mascota—. El truco, mi estimado Yorick, es matar sin dejar rastro detectable.

La calavera le devolvió una sonrisa eterna mientras Hans anotaba meticulosamente cada paso en un cuaderno cifrado con un sistema que solo él comprendía.

—¿Sabes qué es lo verdaderamente asombroso? —continuó, ajustándose los guantes de látex—. Que la dosis letal de tetrodotoxina es tan minúscula que podría matar a cincuenta personas con lo que estoy extrayendo ahora mismo. La naturaleza es una asesina mucho más eficiente que cualquier humano.

Hans trabajaba con la meticulosidad de un relojero suizo, purificando el extracto mediante un proceso que había diseñado específicamente para este propósito. La toxina pura, un polvo blanquecino casi imperceptible, quedó finalmente contenida en un pequeño vial que Hans sostuvo contra la luz como si fuera un diamante de valor incalculable.

—Fase uno, completa —murmuró.

La siguiente fase era más complicada. Hans sabía que la tetrodotoxina, por sí sola, produciría síntomas demasiado característicos que cualquier toxicólogo competente podría identificar. Necesitaba enmascarar sus efectos, confundir los síntomas.

Del refrigerador extrajo muestras cuidadosamente etiquetadas: extractos de una variedad específica de digital purpúrea, conocida por sus glucósidos cardíacos; una preparación de escopolamina; y un pequeño cultivo de taxol modificado. Cada componente había sido robado o sintetizado en cantidades tan pequeñas que resultaban imposibles de rastrear en los inventarios universitarios.

—La digitalina inducirá arritmias cardíacas —explicó a la calavera mientras medía cantidades minúsculas—. La escopolamina causará confusión mental minutos antes del colapso, lo que cualquier médico interpretará como síntoma de fallo cardíaco. Y el taxol modificado acelerará el transporte de las toxinas a través de la barrera hematoencefálica.

Hans mezclaba las sustancias con movimientos precisos, como un director de orquesta guiando a sus músicos hacia un crescendo mortal.

—¿Sabes cuál es la ironía más deliciosa, Yorick? —Hans soltó una risita seca mientras centraba una muestra en la ultracentrífuga—. Que este compuesto, en dosis infinitesimales, podría tener aplicaciones reales como anestésico local ultra potente. Podría salvar vidas. En un universo paralelo, estaría revolucionando la medicina en lugar de...

Se interrumpió. Nunca verbalizaba exactamente lo que estaba haciendo, ni siquiera en la soledad del laboratorio.

A través de la ventana, Hans podía ver el edificio de ciencias deportivas al otro lado del campus. Las luces del gimnasio seguían encendidas a pesar de la hora. Otto y su séquito probablemente estarían allí, entrenando para el próximo partido, el cuerpo perfectamente esculpido de Otto ejecutando movimientos que le granjeaban la admiración de todos. De Frida.

El recuerdo de la semana anterior atravesó la mente de Hans como un relámpago. Había visto a Otto abordar a Frida a la salida de clase, apoyándose casualmente contra la pared con esa sonrisa que parecía sacada de un anuncio de pasta dentífrica. Hans se había quedado petrificado tras una columna, incapaz de moverse, incapaz de dejar de escuchar.

—Entonces, ¿te veo este sábado en la fiesta? —había preguntado Otto, con esa voz grave que hacía que las chicas se derritieran como helado al sol.

—No lo sé, tengo mucho que estudiar —había respondido Frida, pero Hans notó el rubor en sus mejillas, la forma en que jugaba con un mechón de pelo.

—Vamos, hasta las mentes brillantes necesitan un descanso —insistió Otto, acercándose un paso más—. Además, he oído que incluso tu amigo el bicho raro va a venir.

Hans se había tensado al escuchar la referencia a él mismo.

—No lo llames así —había protestado Frida, frunciendo ligeramente el ceño —. Hans es extraordinariamente inteligente.

Otto había soltado una carcajada.

—Seguro que sí. Apuesto a que con esa cara ha tenido que desarrollar otros talentos. —Y luego, inclinándose hacia Frida, había añadido en un tono más bajo que Hans apenas pudo escuchar—: Pero vamos, ¿no me digas que realmente disfrutas pasando tiempo con ese espantapájaros?

La respuesta de Frida no había sido un rechazo categórico. Había sido una risa incómoda, seguida de un cambio de tema. No había defendido a Hans con convicción. Y eso, más que cualquier insulto directo de Otto, había sido lo que finalmente cristalizó la determinación de Hans.

De vuelta en el presente, Hans miró el compuesto que ahora giraba en la centrífuga. ¿Era realmente capaz de dar el paso? Una cosa era fantasear con la muerte de Otto, manipular toxinas en un laboratorio como ejercicio teórico. Otra muy distinta era administrar activamente ese veneno.

Como respuesta a su pregunta no formulada, la puerta del laboratorio se abrió, sobresaltándolo. Hans se giró bruscamente, ocultando instintivamente su trabajo con el cuerpo.

Era el Dr. Reimann, profesor de química orgánica y notorio insomne.

—Ah, Herr Müller, trabajando hasta tarde como siempre —comentó con una sonrisa afable—. ¿Avances en su investigación sobre neurotoxinas?

Hans asintió, intentando controlar el temblor de sus manos.

—Estoy explorando las posibilidades terapéuticas de toxinas modificadas de origen marino —respondió con la voz más calmada que pudo articular.

El Dr. Reimann asintió distraídamente mientras buscaba algo en los estantes.

—Fascinante campo. Por cierto, vi su nombre en la lista de asistentes para la fiesta del departamento este sábado. Toda una sorpresa. No suele participar en eventos sociales, ¿verdad?

—Estoy intentando... expandir mis horizontes —respondió Hans, consciente de lo incongruente que sonaba esa frase en sus labios.

—Excelente, excelente. —El profesor encontró lo que buscaba: un manual de reactivos—. La vida es más que investigación, Herr Müller. Aunque con su talento, podría permitirse el lujo de centrarse solo en la ciencia. —Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, añadió—: Por cierto, felicidades por su trabajo con el pez globo. El profesor Weber no deja de hablar de ello. Dice que podría revolucionar nuestra comprensión de los bloqueadores neuromusculares.

Cuando la puerta se cerró tras el profesor, Hans exhaló lentamente. Su corazón latía como si acabara de correr una maratón. El universo parecía estar burlándose de él, recordándole constantemente el contraste entre su brillantez académica y su nulidad social.

La centrífuga emitió un pitido suave, indicando que había terminado su ciclo. Hans extrajo cuidadosamente el tubo que contenía su creación. Un líquido claro, incoloro, inodoro. Completamente indistinguible del agua.

—El veneno perfecto debe parecer inofensivo —citó en voz baja, recordando una frase de un antiguo texto de toxicología.

Con movimientos estudiados, Hans transfirió el líquido a varios viales diminutos, sellándolos herméticamente. Luego los guardó en un compartimento secreto dentro de su maletín, diseñado originalmente para transportar muestras sensibles.

La calavera de plástico parecía observarlo con curiosidad desde la mesa.

—¿Que si estoy seguro, Yorick? —Hans soltó una risa amarga, respondiendo a una pregunta no formulada—. ¿Recuerdas la semana pasada, cuando Otto "accidentalmente" tiró mi bandeja en la cafetería y luego se ofreció a "ayudarme" recogiendo mis apuntes, solo para derramar su bebida isotónica sobre ellos? ¿Recuerdas cómo todos se rieron? ¿Recuerdas cómo Frida solo observó, sin intervenir?

La calavera mantuvo su sonrisa perpetua.

—Estoy absolutamente seguro —afirmó Hans, guardando meticulosamente su cuaderno cifrado—. Tan seguro como que dos más dos son cuatro, como que el agua moja y como que Otto Schneider es un depredador que destruirá a Frida igual que ha hecho con todas las demás.

Hans limpió concienzudamente cada superficie que había utilizado, eliminando hasta la más mínima traza de su trabajo. Luego, en un gesto que sorprendentemente no desentonaba con el ambiente macabro de la escena, le dio una palmadita a la calavera en la coronilla.

—¿Sabes qué es lo más divertido, Yorick? Que técnicamente, esto podría considerarse selección natural. Los depredadores como Otto han prosperado durante milenios gracias a su fuerza física y atractivo. Pero en el mundo moderno, la verdadera ventaja evolutiva está en el cerebro. Solo estoy... acelerando la inevitable evolución de nuestra especie.

Mientras apagaba las luces del laboratorio y se dirigía hacia su solitaria habitación en la residencia estudiantil, Hans Müller repasaba mentalmente los detalles de la fiesta del sábado. Cada paso, cada contingencia, cada posible escenario.

El momento decisivo se acercaba, y Hans se sentía extrañamente calmado, como si todo en su vida —su fealdad, su soledad, su inteligencia, su obsesión por Frida, su odio hacia Otto— hubiera sido simplemente preparación para este momento.

Por primera vez desde que podía recordar, Hans Müller sonrió ante la perspectiva de una fiesta universitaria.

Capítulo 5

El Momento Decisivo

El sábado llegó con una ironía meteorológica que Hans encontró apropiada: una tormenta eléctrica amenazaba Colonia, con relámpagos ocasionales iluminando su habitación mientras se preparaba para la fiesta. Se observó en el espejo con una mirada clínica, casi como si estuviera evaluando un espécimen bajo su microscopio.

—Qué escena más patética —murmuró a su reflejo mientras intentaba, sin mucho éxito, domar su cabello rebelde—. El científico loco arreglándose para el baile de graduación.

La analogía le arrancó una sonrisa amarga. Por primera vez en su vida universitaria, Hans Müller iba a asistir voluntariamente a una fiesta estudiantil. El departamento de Biología celebraba el final del semestre en la casa del profesor Weber, quien tenía la tradición de abrir las puertas de su espaciosa residencia a estudiantes y profesores por igual.

Hans ajustó el cuello de su camisa, la mejor que tenía, aunque seguía pareciendo barata junto a lo que seguramente vestiría Otto. Del bolsillo de su pantalón extrajo uno de los diminutos viales que había preparado, observándolo a contraluz. Incoloro, inodoro, invisible. El arma perfecta para un hombre invisible como él.

—Científicamente hablando —se dijo mientras guardaba el vial en un compartimento especial de su reloj de pulsera modificado—, esto es simplemente una corrección experimental. Una variable que elimino para garantizar resultados óptimos.

El timbre de su teléfono interrumpió su monólogo. Era Frida.

—¿Estás listo? —preguntó ella con entusiasmo apenas contenido—. No puedo creer que hayas aceptado venir. ¡Es histórico!

—La ciencia requiere ocasionalmente salir de la zona de confort —respondió Hans, intentando sonar casual—. ¿Nos encontramos allí?

—De hecho, estoy en la entrada de tu residencia. Pensé que podríamos ir juntos.

Hans sintió un nudo en el estómago. No había contado con esto. Su plan era llegar temprano, estudiar la distribución de bebidas, calcular los movimientos de Otto. Tener a Frida a su lado complicaba las cosas.

—Dame dos minutos —respondió, intentando reorganizar mentalmente sus pasos.

Mientras bajaba las escaleras de la residencia estudiantil, repasó el plan por enésima vez. La parte más difícil no era administrar el veneno, sino asegurarse de que nadie lo viera hacerlo. Había pasado horas visualizando la casa del profesor (que conocía bien por las ocasionales reuniones académicas), mapeando rutas, calculando ángulos muertos, estudiando patrones de comportamiento en fiestas universitarias mediante discretas observaciones en la cafetería.

Frida lo esperaba bajo un paraguas colorido, radiante en un vestido azul que realzaba sus ojos. Por un momento, Hans olvidó todo lo demás. A veces, la perfección de Frida le dolía físicamente, como mirar directamente al sol.

—Estás... diferente —comentó ella, examinándolo con sorpresa—. Te queda bien esa camisa.

Hans murmuró un agradecimiento torpe mientras compartían el paraguas. El contacto cercano con Frida, el ligero aroma de su perfume, casi le hizo dudar. Casi.

—Otto me envió un mensaje —mencionó Frida casualmente mientras caminaban—. Dice que tiene ganas de hablar más sobre ese trabajo de bioquímica que mencioné. ¿No es sorprendente? Nunca mostró interés en la ciencia antes.

Hans contuvo una mueca. "Tan transparente como una preparación de microscopio," pensó.

—Fascinante —respondió con sequedad—. Sin duda, la pasión por la ciencia puede surgir en los momentos más inesperados.

La casa del profesor Weber resplandecía a lo lejos, las luces y la música escapando por las ventanas. Con cada paso que daban, Hans sentía cómo se transformaba. Su habitual incomodidad social se disolvía, reemplazada por una claridad casi sobrenatural. Tenía un propósito. Tenía un plan. Por primera vez en su vida, Hans Müller no era un observador pasivo.

La fiesta estaba en pleno apogeo cuando llegaron. El profesor Weber los recibió en la entrada con una copa de vino en la mano y una sonrisa genuinamente sorprendida al ver a Hans.

—¡Herr Müller! Qué extraordinaria sorpresa. Bienvenido, bienvenido. —Se volvió hacia Frida con una sonrisa cómplice—. Señorita Lehmann, veo que ha logrado lo imposible al convencer a nuestro genio de que la ciencia también ocurre en las interacciones sociales.

Hans forzó una sonrisa mientras entraban. La casa era exactamente como la recordaba: espaciosa, con una sala principal donde se concentraba la mayoría de los invitados, una cocina amplia convertida en bar improvisado, y varias habitaciones adyacentes para conversaciones más tranquilas. Un patio trasero cubierto, protegido de la lluvia, albergaba a los fumadores y a quienes buscaban aire fresco.

Su mirada escaneó sistemáticamente el ambiente. Otto aún no había llegado, pero era cuestión de tiempo. La mesa de bebidas estaba ubicada estratégicamente en un rincón de la sala principal, supervisada por un estudiante de doctorado que hacía las veces de barman improvisado.

—¿Qué quieres beber? —preguntó Frida, sacándolo de sus cálculos.

—Agua, por ahora —respondió Hans—. Quiero mantener la mente clara para... socializar adecuadamente.

Frida rio, un sonido que siempre desconcertaba a Hans por lo genuino que parecía cuando se dirigía a él.

—A veces pienso que analizas las interacciones humanas como si fueran reacciones químicas.

"Si supieras," pensó Hans, pero se limitó a encogerse de hombros con una sonrisa tímida.

Los minutos pasaban. Hans mantenía una conversación superficial con Frida y ocasionalmente con algún profesor que se acercaba, sorprendido de ver al solitario genio fuera de su hábitat natural. Mientras tanto, su mente trabajaba infatigablemente, ajustando variables, recalculando probabilidades.

Y entonces, como una ley natural ineludible, la energía de la habitación cambió. Otto había llegado.

Entró como si fuera el dueño del lugar, acompañado por tres miembros de su séquito deportivo habitual. Vestía con una elegancia casual que seguramente había costado más que todo el guardarropa de Hans. Su presencia provocó una ola de saludos y miradas de admiración, especialmente entre las estudiantes.

Los ojos de Frida se iluminaron sutilmente. Hans lo notó, como notaba todo sobre ella.

No pasaron ni diez minutos antes de que Otto, con la precisión de un depredador experimentado, se acercara a ellos, copa en mano.

—Frida, estás espectacular —dijo con esa sonrisa perfecta, ignorando completamente a Hans durante los primeros segundos. Luego, como si acabara de percatarse de su existencia, añadió con fingida sorpresa—: ¡Müller! No esperaba verte en una fiesta. ¿Te has perdido de camino al laboratorio?

Algunos estudiantes cercanos rieron disimuladamente. Hans mantuvo su expresión neutra mientras sentía el familiar ardor de la humillación.

—La diversidad de experiencias enriquece la perspectiva científica —respondió con una calma estudiada.

Otto parpadeó, momentáneamente desconcertado por la respuesta.

—Claro... como digas. —Se volvió nuevamente hacia Frida—. ¿Te apetece un trago más interesante que ese vino? El profesor tiene un vodka excelente en la cocina. Uno de los beneficios de haber sido su asistente el semestre pasado.

Hans observó cómo Frida dudaba solo un instante antes de asentir.

—Suena bien. —Se volvió hacia Hans—. ¿Vienes?

Antes de que Hans pudiera responder, Otto intervino con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Dale un respiro, Frida. Seguro que Müller prefiere quedarse aquí, observando sus cultivos bacterianos o lo que sea que haga para divertirse.

Esta vez, las risas fueron más abiertas. Hans vio el momentáneo destello de incomodidad en los ojos de Frida, pero también notó que no contradijo a Otto. En lugar de eso, le dirigió una mirada de disculpa.

—Te busco en un rato, ¿vale? —dijo, y se dejó guiar por Otto hacia la cocina.

Hans los observó alejarse, su mano derecha acariciando inconscientemente el reloj donde guardaba el vial. El momento se acercaba. Casi podía sentir la química de su veneno llamándolo, moléculas ansiosas por cumplir su propósito.

Durante la siguiente hora, Hans ejecutó su plan con la meticulosidad de un experimento de laboratorio. Se movió por la fiesta con una soltura inusitada, como si fuera invisible pero por elección propia. Nadie prestaba realmente atención al solitario estudiante de biología, lo que le permitía observar y calcular sin interrupciones.

Otto había establecido su corte en un sofá del salón, con Frida a su lado, cada vez más cerca. El atleta había traído una botella de vodka de la cocina y servía tragos en exclusiva para su círculo íntimo. Hans observó cómo Otto susurraba algo al oído de Frida, haciéndola reír, cómo su mano se posaba casualmente en su rodilla.

"Es exactamente como preví," pensó Hans con una extraña mezcla de satisfacción y amargura. El comportamiento humano, después de todo, era predecible cuando se estudiaba con suficiente atención.

Esperó su momento. Sabía que Otto, como en todas las fiestas (Hans había investigado minuciosamente sus patrones sociales), en algún momento haría un brindis especial con su "trago secreto", una mezcla personal con la que impresionaba a sus conquistas.

El momento llegó cuando la tormenta arreció fuera, un trueno particularmente fuerte haciendo que las luces parpadearan. En la momentánea confusión, Hans vio su oportunidad. Otto se había levantado para ir a la cocina, presumiblemente a preparar su famoso cóctel.

Con movimientos calculados, Hans lo siguió, manteniendo una distancia prudente. La cocina estaba momentáneamente vacía salvo por Otto, quien mezclaba líquidos en dos vasos con la concentración de quien realiza un ritual importante.

Hans fingió buscar agua en el refrigerador, situándose estratégicamente a espaldas de Otto. Con un movimiento fluido, casi imperceptible, extrajo el vial de su reloj. Otto, absorto en su tarea de seducción, ni siquiera se percató de su presencia.

Fue entonces cuando algo inesperado ocurrió. La puerta de la cocina se abrió y entró el profesor Weber, ligeramente achispado.

—¡Schneider! Preparando uno de sus famosos cócteles, supongo. —Rio el profesor—. Debería pedirle que aplicara ese talento para mezclar en el laboratorio.

Hans se congeló, el vial a medio camino entre su reloj y el vaso de Otto. Un microsegundo de pánico atravesó su cerebro, seguido de una calma helada. Había previsto esta contingencia, como había previsto todas.

—Profesor Weber —saludó Hans, incorporándose con naturalidad—, justo iba a preguntarle si tenía hielo. Parece que se ha terminado.

El profesor, sorprendido nuevamente por la presencia de Hans en un contexto social, se distrajo lo suficiente para que Hans completara su movimiento. Con una precisión milimétrica, el contenido del vial cayó en uno de los vasos que Otto había dejado momentáneamente desatendidos.

—¡Por supuesto, por supuesto! —El profesor abrió el congelador—. Aquí tiene, Herr Müller. Me alegra verlo socializar. ¿Quizás podamos hablar de su última investigación? Tengo algunas ideas sobre aplicaciones terapéuticas que podrían interesarle.

Hans asintió, aceptando los cubitos de hielo. Otto, que había observado el intercambio con mal disimulado desdén, recogió los dos vasos.

—Si me disculpan, caballeros, hay una dama esperando —dijo con una sonrisa petulante—. La ciencia tendrá que esperar.

Cuando Otto salió de la cocina, Hans sintió una extraña calma. La suerte estaba echada. Las moléculas de su creación ya estarían disolviéndose perfectamente en el alcohol, indetectables, mortales.

El profesor Weber comenzó a hablar entusiasmado sobre posibles colaboraciones, ajeno al drama silencioso que se desarrollaba. Hans respondía mecánicamente, su mente dividida entre la conversación y el cálculo preciso del tiempo que tardaría su compuesto en hacer efecto.

Veinte minutos después, logró excusarse educadamente. Volvió al salón principal justo a tiempo para ver a Otto levantando su vaso en un brindis, con Frida a su lado mirándolo con una admiración que hizo que algo se retorciera en el estómago de Hans.

—Por las mentes brillantes... —Otto miró directamente a Frida con esa sonrisa que había perfeccionado en años de conquistas— y por los cuerpos que las acompañan.

Risas complacientes resonaron. Otto bebió un largo trago. Frida lo imitó.

Hans se quedó paralizado. Un error de cálculo. Un error garrafal, imperdonable. ¿Cómo no había previsto que Frida bebería del vaso equivocado? ¿O que Otto, en un gesto de aparente caballerosidad, le entregaría el vaso contaminado a ella?

"No, no, no, no," repetía su mente mientras observaba la escena como si ocurriera a cámara lenta. Intentó moverse, hacer algo, pero sus piernas parecían de plomo.

Y entonces, como una intervención divina —aunque Hans no creía en tales cosas—, Otto intercambió los vasos.

—Este está más fuerte —dijo con un guiño—. Lo preparé especialmente para mí. Tú prueba este otro, tiene más zumo.

Frida rio y aceptó el nuevo vaso, devolviendo el que había probado apenas. Otto, en un gesto dramático, apuró de un trago el contenido del vaso contaminado.

Hans exhaló lentamente. El universo, por una vez, parecía estar de su lado. Las moléculas seguían su curso inexorable. Ahora solo quedaba esperar.

La siguiente media hora transcurrió con una lentitud agónica. Hans mantuvo una distancia prudente, pero no perdía de vista a Otto. Observó cómo el atleta seguía coqueteando con Frida, cada vez más cerca, cada vez más táctil. Pero también notó los primeros síntomas: un ligero temblor en las manos, un breve momento de confusión al responder una pregunta, una súbita palidez.

La escopolamina estaba haciendo efecto. Pronto vendría la tetrodotoxina, silenciosa e implacable.

Otto se llevó una mano al pecho, frunciendo el ceño. Parecía momentáneamente desconcertado. Frida se inclinó hacia él, preocupada.

—¿Estás bien? Te has puesto pálido de repente.

—Sí, solo... un poco mareado. Debe ser el vodka. —Otto intentó sonreír, pero el esfuerzo era visible—. Creo que necesito un poco de aire.

Se levantó, tambaleándose ligeramente. Hans observó con fascinación científica cómo su creación seguía su curso inevitable. Otto se dirigió hacia el patio trasero, con Frida siguiéndolo, preocupada.

Hans esperó unos minutos antes de seguirlos. La lluvia había amainado, dejando tras de sí un aire húmedo y fresco. En el patio cubierto, encontró a Otto sentado en un banco, respirando con dificultad. Frida estaba a su lado, una mano en su hombro.

—Deberíamos llamar a un médico —decía ella—. No te ves bien, Otto.

—No, estoy bien. —Otto intentó incorporarse, pero sus piernas fallaron—. Solo necesito... descansar un momento.

Hans se acercó con fingida preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó, aunque conocía perfectamente la respuesta.

—Otto no se encuentra bien —respondió Frida, genuinamente angustiada—. Se ha mareado de repente.

—Tal vez deberíamos llamar a emergencias —sugirió Hans con una calma estudiada—. Podría ser una reacción alérgica o algo similar.

Otto intentó protestar, pero las palabras se atascaron en su garganta. Sus labios comenzaban a entumecerse, tal como Hans había previsto. La parálisis muscular progresiva estaba comenzando.

—Creo... creo que necesito un médico —logró articular finalmente, el miedo apareciendo en sus ojos por primera vez.

Hans sacó su teléfono, fingiendo marcar el número de emergencias. Mientras hablaba con un operador imaginario, observaba clínicamente cómo Otto luchaba por respirar. La tetrodotoxina estaría alcanzando su diafragma pronto.

—¿Hay algún médico en la fiesta? —preguntó Frida, levantándose de un salto —. Voy a buscar al profesor Weber, él sabrá qué hacer.

Cuando Frida desapareció hacia el interior de la casa, Hans y Otto quedaron solos en el patio. Por un momento, sus miradas se encontraron. En los ojos de Otto, Hans vio algo que nunca había visto allí: terror puro y crudo. El atleta intentó hablar, pero solo un débil gorjeo escapó de sus labios.

Hans se inclinó ligeramente hacia él.

—La ciencia, Otto —murmuró, lo suficientemente bajo para que solo el moribundo pudiera oírle—, siempre gana al final. Incluso contra los dioses del Olimpo como tú.

Un destello de comprensión atravesó los ojos de Otto antes de que la parálisis los alcanzara también. Hans se irguió, componiendo una expresión de preocupación justo cuando Frida regresaba con el profesor Weber y varios estudiantes más.

Lo que siguió fue un caos calculado. RCP ineficaz, una ambulancia que tardó demasiado, médicos confundidos por síntomas que parecían indicar un fallo cardíaco fulminante.

Y en medio de todo, Hans Müller interpretaba perfectamente su papel: el compañero preocupado, el estudiante de biología que sugería posibles causas médicas, el amigo consternado que consolaba a una Frida devastada.

Mientras la ambulancia se llevaba el cuerpo de Otto bajo la lluvia que había vuelto a arreciar, Hans contempló el cielo tormentoso de Colonia. Un relámpago iluminó su rostro por un instante, revelando no la sonrisa triunfal que podría esperarse, sino una expresión de fría satisfacción científica.

El experimento había sido un éxito.

Capítulo 6

La investigación

El funeral de Otto Schneider fue un espectáculo de duelo colectivo que Hans observó con el desapego de un antropólogo estudiando rituales tribales. La Universidad de Colonia entera pareció sumergirse en un luto exagerado, como si hubiera fallecido una figura histórica en lugar de un estudiante de veintitrés años cuyo mayor logro había sido marcar goles en un campo de fútbol.

El rector había declarado tres días de actividades reducidas. El equipo deportivo completo asistió con sus uniformes. Hubo discursos, lágrimas, incluso una propuesta para nombrar el campo de fútbol en su honor. Hans

encontraba todo el proceso fascinante, en el mismo sentido clínico en que encontraba fascinante la proliferación bacteriana en un cultivo.

—Es extraordinario cómo la muerte embellece la memoria —murmuró a Yorick, la calavera que ahora ocupaba un lugar permanente en su habitación —. Otto era un matón narcisista con la profundidad intelectual de una placa de Petri, pero ahora hablan de él como si fuera una combinación de Einstein y Gandhi.

Desde su silla, situada estratégicamente en la parte posterior de la capilla universitaria, Hans podía observar toda la escena. Los padres de Otto en primera fila, desconsolados. El entrenador, derramando lágrimas apenas contenidas. Y Frida, pálida y hermosa en su vestido negro, sollozando silenciosamente.

Hans había calculado su posición con cuidado: lo suficientemente cerca para ser visto como parte del duelo colectivo, lo suficientemente lejos para no llamar la atención. Los ojos enrojecidos que mostraba hoy no eran producto del llanto, sino de una noche de insomnio deliberado. Detalles, siempre detalles.

El diagnóstico oficial había sido "fallo cardíaco agudo de origen idiopático". Los médicos, confundidos por una sintomatología que no encajaba perfectamente en ningún patrón conocido, habían concluido que Otto tenía una condición cardíaca no diagnosticada que el estrés y posiblemente el alcohol habían exacerbado hasta el punto de provocar su muerte.

"Técnicamente," pensó Hans con ironía, "no están equivocados. Su corazón definitivamente falló."

Tras la ceremonia, un pequeño grupo se dirigió al cementerio para el entierro. Hans dudó brevemente antes de seguirlos. No formaba parte de su plan inicial asistir a esta parte, pero Frida le había pedido específicamente que la acompañara, y Hans nunca podía negarle nada a Frida.

—No puedo creer que se haya ido —sollozó ella mientras caminaban bajo el sombrío cielo de Colonia—. Estaba tan lleno de vida. Tan fuerte.

Hans asintió con expresión solemne, ofreciéndole un pañuelo.

—La muerte no discrimina entre fuertes y débiles —respondió, una cita que consideró apropiadamente filosófica para la ocasión—. A veces, los cuerpos aparentemente más perfectos esconden las fragilidades más profundas.

Frida lo miró con un destello de curiosidad a través de las lágrimas.

—¿Crees realmente que tenía un problema cardíaco? Nunca mostró ningún síntoma. El equipo médico universitario lo revisaba constantemente.

Hans se encogió de hombros con estudiada indiferencia.

—Los procedimientos médicos estándar no siempre detectan anomalías estructurales sutiles. La ciencia tiene sus limitaciones, especialmente cuando se aplica de forma rutinaria.

—Supongo que tienes razón —concedió Frida, apoyándose ligeramente en él mientras caminaban—. Es solo que… parece tan injusto. Tan repentino.

"La muerte siempre es injusta para quien no la espera," pensó Hans, pero se limitó a darle unas torpes palmaditas en el hombro. El contacto físico seguía siendo territorio desconocido para él, a pesar de sus extensos conocimientos teóricos sobre el sistema nervioso humano.

El entierro fue breve. Lluvia, tierra, lágrimas, flores. Patrones humanos predecibles ante la finalidad, pensó Hans. Mientras observaba el ataúd descender a la tierra, sintió una extraña sensación de vacío. Su experimento había concluido exitosamente, pero ahora ¿qué?

La respuesta llegó a la mañana siguiente, en forma de dos detectives de la policía de Colonia esperándolo a la salida de su primera clase.

—¿Herr Hans Müller? —preguntó el mayor de ellos, un hombre de rostro curtido y ojos que habían visto demasiado—. Soy el Detective Kraus y este es mi compañero, el Detective Bauer. Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre Otto Schneider.

Hans había anticipado este momento. De hecho, hubiera considerado un fracaso profesional que la policía no investigara mínimamente una muerte tan súbita en alguien joven y aparentemente saludable.

—Por supuesto —respondió con la mezcla exacta de sorpresa y cooperación que había ensayado—. ¿Hay algún problema con el informe médico?

Los detectives intercambiaron una mirada que Hans interpretó inmediatamente. No tenían nada concreto, solo sospechas. Esto sería más fácil de lo que había calculado.

—Solo estamos haciendo comprobaciones rutinarias —respondió Kraus—. ¿Podría acompañarnos a la cafetería? Preferimos hablar en un lugar menos transitado.

La cafetería estaba prácticamente vacía a esa hora. Se sentaron en una mesa alejada, los dos detectives frente a Hans, quien mantuvo una postura ligeramente encorvada, su habitual escudo social.

—Entiendo que usted estaba presente cuando el señor Schneider se sintió mal —comenzó Bauer, el más joven, consultando sus notas.

—Así es —confirmó Hans—. Estábamos en la fiesta del departamento de Biología, en casa del profesor Weber. Otto… el señor Schneider se encontraba bien, y de repente se sintió mareado. Salió al patio a tomar aire, donde luego se desplomó.

—¿Había estado bebiendo? —preguntó Kraus.

—Sí, creo que vodka principalmente. Él solía preparar sus propios cócteles.

Kraus asintió lentamente.

—Herr Müller, según varios testimonios, usted y el señor Schneider no tenían una relación especialmente cordial. De hecho, varios estudiantes han mencionado que él… ¿cómo decirlo?… se burlaba ocasionalmente de usted.

Hans ajustó sus gafas, un gesto que sabía le hacía parecer más nervioso y vulnerable de lo que realmente estaba.

—Otto era popular. Yo no lo soy. Es la jerarquía natural en cualquier entorno social, especialmente en uno tan primitivo como una universidad. —Soltó una risa seca que sabía sonaría amarga—. Pero si está insinuando algún tipo de conflicto personal, me temo que está sobreestimando mi relevancia social. Otto apenas notaba mi existencia, excepto cuando necesitaba algún chiste fácil.

Los detectives volvieron a intercambiar miradas. Hans casi podía leer sus pensamientos: el clásico nerd resentido, demasiado insignificante para ser realmente peligroso.

—También entendemos que usted tiene una amistad cercana con Frida Lehmann —continuó Bauer—. Quien, aparentemente, era objeto de interés romántico por parte del fallecido.

Esto era más directo de lo que Hans había anticipado. Recalculó rápidamente su enfoque.

—Frida es probablemente la única persona en la universidad que me considera un amigo —respondió con cuidada honestidad—. Compartimos interés por la biología molecular. En cuanto a sus relaciones personales, nunca hemos discutido ese tema en profundidad.

Mentira. Hans y Frida habían hablado de Otto varias veces, aunque siempre de forma tangencial. Ella mencionaba casualmente sus encuentros, y Hans escuchaba mientras su mente analizaba cada interacción como quien colecciona especímenes venenosos.

—Herr Müller —intervino Kraus, inclinándose ligeramente—, el informe preliminar indica muerte por causas naturales. Sin embargo, dada la juventud y el excelente estado físico de la víctima, estamos considerando todas las posibilidades. ¿Se le ocurre alguna razón por la que alguien quisiera hacerle daño al señor Schneider?

Hans permitió que una expresión de sorpresa cruzara su rostro.

—¿Hacerle daño? ¿Insinúa que podría no haber sido natural? —Sacudió la cabeza—. Otto era universalmente admirado. Al menos en esta universidad. Aunque…

Se detuvo deliberadamente, como si hubiera hablado de más.

—¿Aunque? —presionó Bauer, mordiendo el anzuelo exactamente como Hans había previsto.

—No es nada, probablemente. —Hans bajó la voz—. Solo que Otto tenía cierta reputación con las mujeres. Una nueva cada semana, según los rumores. Quizás algún novio celoso o algo así. Pero estoy especulando, por supuesto.

Los detectives anotaron esto con interés renovado. Hans suprimió una sonrisa. Siempre era más fácil desviar sospechas cuando se ofrecía una teoría alternativa plausible.

—Una última pregunta, Herr Müller. Entendemos que usted estudia neurotoxinas como parte de su investigación académica. ¿Es correcto?

Por primera vez en la conversación, Hans sintió un genuino escalofrío. Esta línea de interrogatorio sugería que alguien había sido más observador de lo que él había calculado.

—Entre otros temas, sí —respondió con calma—. Mi tesis se centra en la posible aplicación terapéutica de compuestos neurotóxicos modificados en el tratamiento del dolor crónico. Es un campo fascinante con aplicaciones médicas prometedoras.

—¿Y estas toxinas que estudia… podrían provocar síntomas similares a un fallo cardíaco?

Hans dejó escapar una risa que esperaba sonara académica y no nerviosa.

—En teoría, cualquier sustancia que afecte al sistema nervioso periférico podría alterar la función cardíaca. Pero las toxinas que estudio son extremadamente controladas. Cantidades minúsculas, en entornos de laboratorio supervisados, con todos los permisos universitarios correspondientes. —Hizo una pausa, ajustándose nuevamente las gafas—. Además, cualquier toxina de ese tipo sería fácilmente detectable en una autopsia estándar.

Esta última afirmación era su jugada maestra. Una falsedad directa, pronunciada con la confianza de un experto. Su preparación estaba específicamente diseñada para eludir los protocolos forenses estándar.

Kraus asintió lentamente, estudiando el rostro de Hans con intensidad.

—Por supuesto. Solo estamos siendo minuciosos. —Se levantó, seguido por Bauer—. Gracias por su tiempo, Herr Müller. Si recuerda algo más, por favor contáctenos.

Le entregó una tarjeta que Hans aceptó con un ligero temblor en los dedos. Un detalle calculado, otro gesto de nerviosismo aparente que distraería de la calma fría que mantenía internamente.

Observó a los detectives alejarse, analizando la conversación. Habían sido más directos de lo esperado, pero nada que no pudiera manejar. La mención de las neurotoxinas era preocupante, pero sin evidencia física, no irían más allá de las preguntas exploratorias.

Esa tarde, Hans visitó a Frida en su apartamento. La encontró rodeada de pañuelos usados, con los ojos hinchados de tanto llorar. Algo en su vulnerabilidad despertó una sensación de ternura mezclada con culpabilidad que Hans rápidamente suprimió.

—La policía me entrevistó hoy —comentó mientras preparaba té en la pequeña cocina de Frida—. Parece que están investigando la muerte de Otto.

Frida levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Investigando? ¿Por qué? Los médicos dijeron que fue su corazón.

Hans se encogió de hombros, midiendo cuidadosamente sus palabras.

—Procedimiento estándar, supongo. Una muerte súbita en alguien joven y saludable siempre levanta preguntas.

—Es ridículo —murmuró Frida, aceptando la taza que Hans le ofrecía—. Como si no fuera suficientemente horrible, ahora sugieren que pudo ser... ¿qué? ¿Un asesinato?

Hans se sentó a su lado, manteniendo una distancia prudente.

—No creo que lleguen tan lejos. Solo están siendo exhaustivos. —Hizo una pausa—. ¿Te han entrevistado a ti también?

Frida asintió, secándose una lágrima rebelde.

—Esta mañana. Preguntas básicas: cuánto tiempo lo conocía, qué hizo en la fiesta, si lo vi beber algo extraño. —Soltó una risa amarga—. Como si alguien quisiera hacerle daño a Otto. Todo el mundo lo adoraba.

"No todo el mundo," pensó Hans, pero se limitó a asentir comprensivamente.

—Los detectives solo hacen su trabajo. Sin evidencia de algo sospechoso, el caso se cerrará pronto. —Dudó un momento antes de añadir—: ¿Quieres hablar de él? A veces ayuda.

Frida pareció sorprendida por la oferta.

—No sabía que te importara. Siempre pensé que no te caía bien.

Hans midió su respuesta cuidadosamente.

—No lo conocía realmente. Y sí, su comportamiento hacia mí no era... amigable. Pero entiendo lo que significaba para ti.

Era una verdad a medias. Hans entendía perfectamente lo que Otto significaba para Frida, y ese conocimiento había sido parte crucial de su motivación.

—Éramos apenas amigos —murmuró Frida, mirando su té como si contuviera respuestas—. Quiero decir, estaba claro que él estaba interesado, y no voy a mentir, yo también. Pero apenas estábamos empezando a conocernos.

Hans contuvo su reacción. ¿"Apenas empezando"? Eso no coincidía con sus observaciones. Otto había estado persiguiendo a Frida durante semanas, con la persistencia de un depredador tras una presa particularmente deseable.

Entonces lo comprendió. Frida estaba reescribiendo mentalmente la historia, minimizando la relación para que la pérdida fuera más soportable. Un mecanismo de defensa psicológico fascinante.

—Lo siento mucho, Frida —dijo, intentando que su voz transmitiera la empatía que intelectualmente sabía era apropiada, aunque emocionalmente se sentía desconectado—. Estoy aquí para lo que necesites.

Ella le dirigió una mirada de gratitud que hizo que algo en el interior de Hans se removiera incómodamente.

—Eres un buen amigo, Hans. No sé qué haría sin ti ahora mismo.

Un buen amigo. Hans saboreó la ironía mientras Frida, inesperadamente, apoyaba la cabeza en su hombro. El olor de su champú invadió sus sentidos, disparando una cascada de reacciones neuroquímicas que su cerebro analítico catalogó clínicamente: dopamina, serotonina, oxitocina. Química pura. Como su veneno.

Los días siguientes transcurrieron en una extraña calma. La Universidad lentamente volvió a la normalidad, aunque el equipo de fútbol organizó un partido memorial y se colgó una fotografía de Otto en el vestíbulo principal del edificio de deportes. La policía entrevistó a más estudiantes y profesores, pero sin evidencia concreta, la investigación comenzó a perder ímpetu.

Hans mantuvo su rutina, asistiendo a clases, trabajando en el laboratorio. La única diferencia notable era que ahora pasaba más tiempo con Frida, consolándola, escuchándola, siendo el amigo que ella necesitaba. Una parte de él —una parte que cada vez le costaba más ignorar— disfrutaba de esta nueva dinámica. Frida dependía de él ahora. Lo necesitaba.

Fue exactamente diez días después del funeral cuando la situación dio un giro inesperado. Hans estaba trabajando tarde en el laboratorio cuando el profesor Weber entró, con una expresión de preocupación que inmediatamente puso a Hans en alerta.

—Herr Müller, me alegro de encontrarlo —dijo el profesor, cerrando la puerta tras de sí—. Tengo que hablar con usted sobre un asunto… delicado.

Hans mantuvo una expresión neutral mientras su mente calculaba rápidamente posibilidades.

—Por supuesto, profesor. ¿Ocurre algo con mi investigación?

Weber se acercó, inspeccionando brevemente el experimento en curso de Hans antes de fijar su mirada en él.

—No exactamente. Se trata del caso Schneider. La policía ha solicitado un inventario completo de todas las muestras biológicas y compuestos del laboratorio, especialmente aquellos relacionados con su investigación sobre neurotoxinas.

Hans sintió que su pulso se aceleraba, pero mantuvo una expresión de leve sorpresa.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Aparentemente, el segundo análisis toxicológico ha mostrado algunas… anomalías. Nada concluyente, me han asegurado, pero suficiente para ampliar la investigación. —Weber parecía genuinamente incómodo—. Debo enfatizar que esto es puramente procedimental. Nadie está bajo sospecha, simplemente están siendo exhaustivos.

"Anomalías". La palabra resonó en la mente de Hans. Teóricamente, su compuesto debería haberse degradado completamente tras la muerte, sin dejar rastros detectables. A menos que…

—¿Qué tipo de anomalías, si puedo preguntar? —inquirió, ajustándose las gafas.

Weber se encogió de hombros.

—No entraron en detalles técnicos. Solo mencionaron marcadores inusuales que querían descartar. —Hizo una pausa, observando a Hans con una mezcla de inquietud y confianza—. Herr Müller, como su supervisor, debo preguntarle directamente: ¿hay alguna posibilidad, por remota que sea, de que algún compuesto de su investigación pudiera haberse… extraviado?

La pregunta flotó entre ellos, cargada de implicaciones. Hans se permitió una expresión de ligera ofensa profesional.

—Profesor Weber, llevo un control meticuloso de cada miligramo de material con el que trabajo. Precisamente por su naturaleza peligrosa. —Señaló su cuaderno de laboratorio cuidadosamente anotado—. Además, las cantidades con las que experimento son tan minúsculas que difícilmente podrían causar más que una leve indisposición, y ciertamente no un fallo cardíaco.

Esta última afirmación era una mentira directa, pero pronunciada con la seguridad de quien sabe que su conocimiento supera al de su interlocutor.

Weber asintió, visiblemente aliviado.

—Por supuesto, nunca dudé de su profesionalidad. Solo quería estar preparado cuando la policía venga mañana. —Consultó su reloj—. Será mejor que me vaya. No se quede hasta demasiado tarde, Herr Müller.

Cuando el profesor salió, Hans permaneció inmóvil durante varios minutos, su mente procesando esta nueva información a velocidad vertiginosa. Los forenses habían encontrado algo. No lo suficiente para identificar específicamente su compuesto, o Weber habría sido mucho más directo, pero lo suficiente para despertar sospechas.

Tenía que actuar. Rápidamente.

Esa noche, Hans regresó sigilosamente al laboratorio. Con la precisión de quien conoce cada centímetro del lugar, desactivó temporalmente las cámaras de seguridad utilizando un bucle pregrabado de quince minutos —una modificación que había instalado meses antes, previendo precisamente este tipo de contingencia.

Su objetivo era simple: alterar sutilmente los registros de laboratorio y eliminar cualquier evidencia de sus experimentos específicos con el pez globo. Mientras trabajaba, sostuvo una conversación silenciosa con Yorick, cuya presencia fantasmal parecía acompañarlo.

—El error, querido Yorick, no fue en la fórmula —murmuró mientras modificaba meticulosamente fechas y cantidades en el registro digital—. El error fue subestimar los avances en toxicología forense. Siempre hay variables imprevistas en cualquier experimento.

Terminada su tarea, Hans realizó una última comprobación. Cualquiera que revisara los registros ahora encontraría un historial perfectamente documentado de experimentos que, casualmente, no incluían los compuestos específicos que había utilizado en su veneno.

Mientras salía del campus, bajo el cielo nocturno de Colonia, Hans experimentó una sensación que rara vez había sentido: miedo. No el miedo social que lo había acompañado toda su vida, sino un miedo primario, existencial. Por primera vez, consideró la posibilidad real de ser descubierto.

La llamada de Frida a la mañana siguiente no mejoró su estado mental.

—Hans, la policía quiere que vaya a la comisaría para una declaración formal —dijo, su voz tensa con preocupación—. Aparentemente están tratando la muerte de Otto como sospechosa.

Hans sintió que su estómago se contraía, pero mantuvo la voz firme.

—Es extraño. El profesor Weber mencionó algo sobre nuevos análisis, pero nada concluyente.

—Están entrevistando a todos los que estuvieron cerca de Otto esa noche —continuó Frida—. Pero… —Su voz bajó a un susurro—. Hans, me preguntaron específicamente sobre ti. Sobre tu investigación. Sobre si alguna vez habías mostrado… resentimiento hacia Otto.

Un silencio denso siguió a esta revelación. Hans calculó cuidadosamente su respuesta.

—Frida, ¿qué les dijiste exactamente?

La pausa al otro lado de la línea fue demasiado larga para el confort de Hans.

—Les dije la verdad. Que eres la persona más brillante que conozco, que nunca harías daño a nadie, que Otto a veces te trataba mal pero que tú nunca parecías afectado por ello. —Otra pausa—. Pero Hans, hay rumores. Gente diciendo que siempre me mirabas de una forma… especial. Que quizás estabas celoso.

Hans cerró los ojos. Otro error de cálculo. Había subestimado cuán transparentes podían ser sus sentimientos para observadores externos, incluso cuando creía mantenerlos perfectamente ocultos.

—Frida, eso es absurdo —respondió, infundiendo en su voz una indignación medida—. Somos amigos. Valoro esa amistad más que cualquier cosa. Jamás haría algo tan… primitivo como dañar a alguien por celos.

—Lo sé —respondió ella con rapidez, quizás demasiado rápidamente—. Es lo que les dije. Es solo que… es una situación horrible.

Cuando terminó la llamada, Hans se sentó en su cama, completamente inmóvil, su mente trabajando a toda velocidad. La situación estaba evolucionando de forma desfavorable. Necesitaba un nuevo plan.

Capítulo 7

La confesión

La entrevista con la policía fue más intensa de lo que había anticipado. Esta vez no fueron los detectives Kraus y Bauer, sino un hombre de traje

impecable que se presentó como Inspector Hoffman, especialista en homicidios complejos.

—Herr Müller —comenzó Hoffman, después de las formalidades iniciales—, hemos encontrado trazas de un compuesto no identificado en las muestras de tejido del señor Schneider. Nuestros toxicólogos creen que podría estar relacionado con derivados de tetrodotoxina, aunque significativamente modificados.

Hans mantuvo una expresión de interés científico.

—Fascinante. Aunque sorprendente. La tetrodotoxina tiene un perfil sintomático muy característico que no coincide con lo que vi en Otto. Parálisis progresiva, principalmente, no un colapso cardíaco repentino.

Hoffman le dirigió una mirada penetrante.

—Precisamente. A menos que estuviera hábilmente mezclada con otros compuestos para enmascarar sus efectos típicos. Algo que requeriría un conocimiento bioquímico considerable.

Hans sostuvo la mirada sin parpadear.

—Suena como un escenario de película, Inspector. En la realidad, tal mezcla sería extraordinariamente compleja de formular, y más aún de administrar sin ser detectada.

—Y sin embargo —continuó Hoffman, abriendo una carpeta—, usted tiene precisamente la experiencia necesaria para teorizar tal compuesto. Sus publicaciones sobre neurotoxinas son impresionantes, incluso para alguien sin formación científica como yo.

Hans no había anticipado este nivel de preparación. El inspector había hecho su tarea.

—Me siento halagado por su interés en mi trabajo —respondió, manteniendo la calma—. Pero hay una diferencia sustancial entre la investigación teórica y la aplicación práctica, especialmente con fines maliciosos.

Hoffman asintió lentamente.

—Por supuesto. Además, nuestros técnicos no han podido encontrar ninguna evidencia concreta en los registros del laboratorio que sugiera experimentación con los compuestos específicos que nuestros forenses detectaron. —Hizo una pausa significativa—. Aunque es curioso que los registros de acceso muestren que usted visitó el laboratorio a las 2:14 de la madrugada, dos noches atrás. Una hora inusual, incluso para alguien tan dedicado como usted.

Hans sintió un frío que le recorría la espina dorsal. Había olvidado los registros de acceso electrónico. Un error imperdonable.

—A veces trabajo mejor en completa soledad —respondió, permitiendo que un atisbo de su incomodidad social genuina se mostrara—. Las horas nocturnas me dan esa tranquilidad.

La entrevista continuó por casi dos horas. Hoffman era meticuloso, revisando cada detalle de la noche de la fiesta, cada aspecto de la relación de Hans con Otto y con Frida. Fue cuando mencionó a Yorick, la calavera de su habitación, que Hans realmente se alarmó. La policía había estado en su residencia. Habían registrado sus pertenencias.

—Una decoración peculiar —comentó Hoffman casualmente—. Aunque supongo que apropiada para un estudiante de biología.

Hans ajustó su estrategia en tiempo real.

—Es un recordatorio de nuestra mortalidad —respondió con deliberada extrañeza—. En la Edad Media, los eruditos solían tener calaveras en sus escritorios como memento mori. Me pareció una tradición digna de revivir.

Hoffman lo miró largamente, como evaluando no sus palabras sino algo más profundo.

—Herr Müller, ¿sabe por qué me asignaron a este caso? —preguntó finalmente.

Hans negó con la cabeza, genuinamente curioso.

—Porque me especializo en asesinos inusuales. No en los criminales pasionales o impulsivos, sino en aquellos que planifican meticulosamente. Los que consideran el asesinato como un problema intelectual a resolver. —Hoffman cerró su carpeta—. Son los más difíciles de atrapar, pero también los que inevitablemente cometen un error. No porque sean incompetentes, sino porque, en el fondo, quieren ser descubiertos. Quieren que alguien aprecie la brillantez de su plan.

Hans sostuvo la mirada del inspector, su mente dividida entre el pánico y una extraña sensación de validación. ¿Era eso cierto? ¿Una parte de él deseaba ser descubierto?

—Una teoría interesante —respondió finalmente—. Aunque me parece que proyecta motivaciones ficticias en situaciones reales. La realidad rara vez es tan dramática.

Hoffman se levantó, señalando que la entrevista había terminado.

—Por ahora, es libre de irse, Herr Müller. Pero permítame un consejo: no salga de Colonia sin notificarnos. Esta investigación está lejos de concluir.

Esa tarde, cuando Hans regresó a su habitación, se sentó frente a Yorick, estudiando las cuencas vacías de la calavera como si pudieran ofrecerle respuestas.

—Cometí errores, Yorick —admitió en voz baja—. Errores de cálculo. El registro de acceso. Los análisis forenses avanzados. La transparencia de mis sentimientos hacia Frida. —Soltó una risa seca—. Incluso tú eres evidencia circunstancial ahora. Mi pequeño cómplice de plástico.

La calavera mantenía su eterna sonrisa, indiferente a sus tribulaciones.

—La pregunta es: ¿qué hacer ahora? —continuó Hans—. Podrían pasar semanas antes de que los análisis forenses sean concluyentes, si es que

alguna vez lo son. Sin una ruta clara de administración, sin pruebas directas, todo es circunstancial. —Hizo una pausa, considerando—. Pero el inspector Hoffman no es como los detectives iniciales. Él ve patrones. Conecta puntos invisibles para otros.

El teléfono interrumpió su conversación unilateral. Era Frida nuevamente.

—Hans, necesito verte —dijo sin preámbulos—. Es importante.

Se encontraron en un pequeño café alejado del campus. Frida parecía haber envejecido años en los últimos días, con ojeras pronunciadas y una palidez enfermiza. Hans sintió una punzada de culpabilidad que rápidamente suprimió, recodificándola como una reacción fisiológica natural sin relevancia práctica.

—La policía vino a verme de nuevo —dijo Frida en cuanto Hans se sentó frente a ella—. Ese inspector, Hoffman… me mostró fotos.

Hans mantuvo una expresión neutral, aunque su mente calculaba velozmente las implicaciones.

—¿Qué tipo de fotos?

—De tu laboratorio. De tu habitación. —Frida lo miró directamente, sus ojos enrojecidos transmitiendo una mezcla de miedo e incredulidad—. De tus cuadernos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Hans. Sus cuadernos personales. Los que guardaba bajo su colchón, lejos de ojos curiosos. Los que contenían sus verdaderos experimentos, sus cálculos, sus observaciones sobre Otto. Sobre Frida.

—No entiendo —respondió, ganando tiempo mientras evaluaba este nuevo desarrollo—. Mi investigación es pública. Cualquier estudiante de doctorado tiene cuadernos.

Frida negó lentamente con la cabeza.

—No esos cuadernos, Hans. Los otros. Los que tenías escondidos. —Su voz bajó a un susurro—. Los que tienen mi nombre escrito decenas de veces. Los que tienen dibujos de… de Otto muriendo de diferentes maneras.

El pánico amenazó con apoderarse de él, pero Hans respiró profundamente, activando el control metacognitivo que había perfeccionado a lo largo de años de autobservación clínica.

—Frida, esos cuadernos… —comenzó, buscando una explicación plausible—. Son ejercicios de pensamiento creativo. Fantasías catárticas. Cualquier psicólogo te dirá que es una forma saludable de canalizar emociones negativas. Absolutamente inofensivas.

—¿Inofensivas? —La voz de Frida se quebró—. Hans, hay páginas enteras detallando cómo extraer toxina del pez globo. Hay cálculos sobre dosis letales basados en el peso corporal de Otto. ¡Hay un cronograma exacto de los eventos de la fiesta con anotaciones sobre "momento óptimo de administración"!

El silencio que siguió fue denso, casi táctil. A su alrededor, el café bullía con la normalidad de una tarde cualquiera: estudiantes riendo, el siseo de la máquina de expreso, música ambiental indistinguible. Un mundo ajeno al abismo que se abría entre ellos.

—Te vieron, Hans —continuó Frida, las lágrimas corriendo libremente por sus mejillas—. Hay un testigo. Alguien que te vio acercarte a la bebida de Otto cuando él salió a responder una llamada.

Hans procesó esta información con la frialdad de quien disecciona un espécimen. Un testigo. Una variable que no había considerado adecuadamente.

—¿Y tú les crees? —preguntó finalmente, su voz suave, casi lastimera—. ¿Después de todo lo que hemos compartido? ¿De verdad piensas que yo podría…?

—No lo sé, Hans. —Frida se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. No quiero creerlo. Pero esos cuadernos… la forma en que siempre mirabas a Otto… cómo me miras a mí cuando crees que no me doy cuenta…

Hans se inclinó ligeramente, adoptando una expresión herida que sabía despertaría el instinto protector de Frida. Una manipulación sutil, basada en años de observar interacciones humanas como un antropólogo entre una tribu extraña.

—Frida, no voy a negarte que tengo… sentimientos por ti. Sentimientos que van más allá de la amistad. —Dejó que su voz se quebrara ligeramente—. Y sí, Otto me parecía indigno de ti. Un depredador social jugando con tus emociones. Pero de ahí a cometer un… —bajó la voz— asesinato? Es un salto lógico injustificable.

Frida lo miró largamente, como si intentara ver a través de su elaborada fachada.

—El inspector dice que tienen pruebas químicas. Que encontraron trazas de algo extraño en los análisis post mortem. Algo relacionado con el pez globo, pero modificado. Algo que solo alguien con tu conocimiento específico podría haber creado.

—La ciencia forense no es infalible —respondió Hans, recurriendo a su dominio intelectual como escudo—. Los falsos positivos son comunes, especialmente en análisis de trazas. Si realmente tuvieran pruebas concluyentes, no estarían presionándote para obtener evidencia circunstancial. Estarían arrestándome.

Un silencio incómodo se extendió entre ellos. Hans notó que Frida llevaba su blusa favorita, la azul con pequeños detalles florales que había usado el día que se conocieron. Un detalle insignificante que su cerebro registró automáticamente, como registraba todo sobre ella.

—Hans, necesito saber la verdad —dijo finalmente Frida, su voz más firme—. No para la policía. Para mí. ¿Lo hiciste?

Hans consideró sus opciones. La mentira era la elección obvia, pero algo en la mirada de Frida le decía que no le creería, sin importar cuán convincente fuera. Y de pronto, un pensamiento inesperado cruzó su mente: ¿y si dijera la verdad? ¿Y si por primera vez en su vida, fuera completamente honesto con otro ser humano?

La idea resultaba extrañamente liberadora. Como un experimento mental fascinante.

—¿Recuerdas lo que me dijiste sobre el pez globo, el primer día que hablamos? —preguntó en lugar de responder directamente—. Sobre cómo en Japón lo consideran una delicadeza a pesar de su letalidad.

Frida asintió lentamente, la comprensión oscureciendo gradualmente su mirada.

—Dijiste que la línea entre el veneno y el remedio es cuestión de dosis —respondió con voz temblorosa.

—Exactamente. —Hans sonrió, una sonrisa pequeña y genuina—. Un principio aplicable a tantas cosas en la vida. A las personas también, ¿no crees? Otto, con su dosis excesiva de atención y privilegio. Yo, con mi dosis insuficiente.

Frida palidecía por momentos, pero Hans continuó, incapaz de detener lo que había comenzado.

—El compuesto que creé es realmente extraordinario desde una perspectiva puramente científica. Modifiqué la estructura molecular de la tetrodotoxina para cambiar completamente su perfil sintomático. En lugar de la parálisis típica, provoca un fallo aparentemente natural en el sistema de conducción eléctrica cardíaca. —La voz de Hans adquirió el tono entusiasta que solo mostraba al discutir teoremas científicos complejos—. Y lo más brillante es la degradación post mortem. Se descompone en metabolitos comunes, indetectables salvo con técnicas forenses extremadamente específicas que nadie utilizaría sin saber exactamente qué buscar.

El horror en los ojos de Frida era palpable, pero Hans encontraba imposible detenerse. Era como si una represa se hubiera roto, liberando años de pensamientos no expresados.

—No fue por celos, como supone ese inspector. Fue por… higiene social. Otto representaba todo lo que está mal en nuestro sistema de valores: la glorificación de lo físico sobre lo intelectual, la recompensa social de comportamientos depredadores, la asignación arbitraria de estatus basada en características superficiales. —Hans hizo una pausa, estudiando la reacción de Frida como quien observa un experimento particularmente interesante—. Y sí, también lo hice por ti. Para protegerte de convertirte en simplemente otra conquista desechable en su larga lista.

Frida comenzó a temblar visiblemente, las lágrimas fluyendo sin control.

—Estás… enfermo, Hans. —Su voz era apenas audible—. Necesitas ayuda.

—¿Enfermo? —Hans ladeó ligeramente la cabeza, genuinamente desconcertado—. No, Frida. Soy simplemente alguien que ve el mundo con absoluta claridad, sin los filtros emocionales que nublan el juicio de la mayoría. —Extendió una mano sobre la mesa, como para tocar la de ella, pero Frida la retiró bruscamente—. Nadie puede probar nada. Los cuadernos son circunstanciales. El testigo, poco fiable. Las pruebas químicas, inconclusas. Es mi palabra contra suposiciones.

Frida se levantó abruptamente, tambaleándose ligeramente.

—Voy a vomitar —murmuró, dirigiéndose apresuradamente hacia los baños del local.

Hans permaneció sentado, perfectamente inmóvil, su mente recalculando variables, asimilando este nuevo desarrollo. La confesión había sido un error táctico, por supuesto. Pero también un experimento fascinante. La expresión de Frida, la transición del miedo a la comprensión y luego al horror absoluto, había sido... educativa.

Consultó su reloj. Frida llevaba cuatro minutos y trece segundos en el baño. Tiempo suficiente para haber llamado a la policía. Con movimientos deliberadamente casuales, Hans dejó un billete sobre la mesa y salió del café. No tenía sentido huir; eso solo confirmaría su culpabilidad. Pero tampoco tenía sentido esperar lo inevitable.

Mientras caminaba bajo el cielo gris de Colonia, Hans reflexionaba sobre la ironía de su situación. Había ejecutado el crimen perfecto, solo para sabotearlo él mismo con una confesión innecesaria. ¿Por qué lo había hecho? ¿Un deseo subconsciente de ser reconocido, como había sugerido Hoffman? ¿O simplemente el deseo humano, tan básico, de ser verdaderamente conocido por otra persona, aunque fuera en sus aspectos más oscuros?

Su teléfono vibró: un mensaje de texto. Esperaba ver el nombre de Frida, pero era otro nombre el que apareció en la pantalla: "PROFESOR WEBER".

"Herr Müller, venga al laboratorio inmediatamente. La policía ha encontrado discrepancias graves en los registros de inventario. Debemos hablar antes de que procedan."

Hans sonrió ligeramente. Los hilos se cerraban a su alrededor. Tenía aproximadamente veinte minutos antes de que la policía, alertada por Frida, comenzara a buscarlo activamente. El tiempo suficiente para una última visita a su querido laboratorio.

Mientras caminaba hacia el edificio de ciencias, Hans mantuvo una conversación final con el ausente Yorick.

—¿Sabes qué es lo verdaderamente irónico, mi esquelético amigo? —murmuró para sí mismo—. Que al final, fui derrotado no por la ciencia forense, no por un detective brillante, sino por algo tan trivial como los sentimientos humanos. La necesidad de confesarle la verdad a Frida. Un error tan... prosaico.

El campus estaba tranquilo en el atardecer. Hans entró al laboratorio utilizando su tarjeta de acceso por última vez. El profesor Weber no estaba allí, por supuesto. Nunca lo estaría. El mensaje había sido simplemente una manera de comprar tiempo, de controlar la situación final.

Hans cerró la puerta del laboratorio y contempló las hileras de equipos sofisticados, los microscopios, las centrifugadoras, los refrigeradores con muestras cuidadosamente etiquetadas. Su santuario. El único lugar donde alguna vez se había sentido completamente en control.

Con movimientos precisos, comenzó a mezclar productos químicos en una pequeña probeta. No las neurotoxinas complejas que había utilizado con Otto, sino algo mucho más simple, más rápido. La elegancia científica había sido sacrificada en nombre de la practicidad.

Cuando escuchó las sirenas aproximándose al edificio, Hans agitó suavemente el líquido en la probeta, observando su color ámbar con apreciación estética.

—A veces, querido Yorick —dijo a la calavera ausente—, cuando la ciencia no alcanza para resolver los misterios de la vida... quizás tampoco debería alcanzar para resolver los de la muerte.

Las sirenas se detuvieron frente al edificio. Pasos apresurados resonaron en el pasillo. Hans levantó la probeta en un brindis silencioso hacia la puerta cerrada.

—El crimen perfecto —murmuró con una sonrisa sardónica—. Resultó ser bastante imperfecto, después de todo.

Y mientras la puerta del laboratorio comenzaba a abrirse, Hans Müller, el brillante estudiante de biología de la Universidad de Colonia, el observador silencioso, el amigo devoto, el asesino meticuloso, tomó su última decisión.

Cuando el inspector Hoffman entró finalmente al laboratorio, seguido por Frida y varios oficiales, encontraron a Hans Müller perfectamente inmóvil en su silla, con una sonrisa enigmática congelada en su rostro poco agraciado y un pequeño frasco vacío entre sus dedos largos y pálidos.

La ciencia, al final, había resultado ser la única amiga verdadera de Hans. La única que no lo había traicionado. La única que le había permitido mantener el control hasta el último momento.

El caso de Otto Schneider nunca se cerró oficialmente. Sin una confesión documentada, sin pruebas concluyentes que pudieran sostenerse en un tribunal, quedó clasificado como "muerte por causas naturales con circunstancias sospechosas no resueltas". El suicidio de Hans Müller fue considerado públicamente como el acto desesperado de un joven brillante pero perturbado, incapaz de soportar ser considerado sospechoso de un crimen que nunca se probó.

Frida Lehmann abandonó sus estudios en la Universidad de Colonia poco después. Según los rumores, se trasladó a otra ciudad, quizás a otro país, intentando dejar atrás los recuerdos de aquellos meses terribles.

Pero en los círculos de estudiantes de biología, una leyenda comenzó a circular. La leyenda de cómo un estudiante había logrado el crimen perfecto utilizando toxinas modificadas del pez globo. Una leyenda que se contaba en susurros durante las largas noches de estudio, adornada con cada nueva versión, pero siempre con el mismo mensaje subyacente: a veces, la línea entre el genio y la locura, como la línea entre el veneno y el remedio, es meramente cuestión de dosis.

Y en algún lugar del almacén de evidencias de la policía de Colonia, entre los efectos personales de Hans Müller clasificados y archivados, una calavera de plástico llamada Yorick sonreía eternamente, guardiana silenciosa de secretos que la ciencia forense nunca podría desvelar completamente.

Capítulo 8

El Crimen Perfecto

La sala de conferencias de la Universidad de Colonia estaba abarrotada. El decano de Ciencias Biológicas, con expresión solemne, daba por concluido el último homenaje a Otto Schneider, "arrebatado en la flor de la juventud por un desafortunado defecto cardíaco no detectado". Hans observaba desde la última fila, su rostro una máscara de respetuosa tristeza.

—Una verdadera tragedia —susurró a Frida, que sollozaba silenciosamente a su lado.

—Todavía no puedo creerlo —respondió ella, secándose una lágrima—. Nunca imaginé que alguien tan saludable como Otto pudiera tener problemas del corazón.

Hans le ofreció un pañuelo, cuidadosamente doblado y extraído de su bolsillo con manos inmaculadamente limpias. Las mismas manos que, tres semanas atrás, habían vertido con precisión milimétrica una combinación de tetrodotoxina, compuestos derivados de hongos nórdicos y un estabilizante de su propia invención en la botella de proteínas que Otto llevaba siempre a sus entrenamientos.

—A veces el cuerpo humano es un misterio incluso para la ciencia —comentó Hans, ajustándose las gafas—. Los casos de muerte súbita en atletas están documentados en la literatura médica, aunque estadísticamente improbables.

El detective Kraus, sentado dos filas delante, giró ligeramente la cabeza al escuchar el comentario. Llevaba tres días interrogando a todos los conocidos de Otto, y Hans había sido sometido a un exhaustivo cuestionario la tarde anterior. El detective, con veinte años de experiencia en homicidios, tenía lo que él llamaba "un olfato infalible". Y su olfato le decía que algo no cuadraba en la muerte del joven deportista.

Cuando la ceremonia concluyó, Kraus se acercó casualmente a Hans y Frida mientras abandonaban el auditorio.

—Herr Müller, interesante comentario el suyo sobre la muerte súbita en atletas —dijo, estudiando cuidadosamente la reacción de Hans—. Usted parece conocer mucho sobre el tema.

—Solo lo que cualquier estudiante avanzado de biología sabría, Detective —respondió Hans con tranquilidad—. Mi especialidad son las toxinas naturales, no la cardiología.

—Ah, sí, toxinas —Kraus sonrió sin alegría—. Fascinante campo. La naturaleza ha creado armas perfectas, ¿no es así? Algunas incluso indetectables para nuestros forenses más experimentados.

Hans sostuvo la mirada del detective sin parpadear.

—La ciencia forense avanza constantemente, Detective. Lo que era indetectable ayer, hoy podría no serlo.

—Cierto —concedió Kraus—. Pero a veces, sólo a veces, la ciencia no alcanza. Y entonces dependemos de otros métodos más... primitivos. Como la intuición policial.

Frida intervino, aparentemente incómoda con el giro de la conversación.

—Hans ha sido de gran apoyo para todos nosotros, Detective. No sé qué habría hecho sin él estos días.

Kraus observó la interacción entre ambos con interés apenas disimulado.

—Me imagino. Es reconfortante tener amigos inteligentes en momentos difíciles, Fräulein Lehmann.

Tres semanas después, el caso fue oficialmente cerrado. La autopsia final determinó "fallo cardíaco agudo de origen indeterminado, posiblemente congénito". El informe toxicológico no había encontrado sustancias sospechosas, tal como Hans sabía que ocurriría. Su fórmula, producto de meses de investigación silenciosa, había sido metabolizada completamente a las pocas horas, dejando únicamente rastros que imitaban perfectamente un desequilibrio electrolítico común en casos de fallo cardíaco.

En el laboratorio de bioquímica, Hans completaba meticulosamente un informe mientras Frida organizaba sus muestras de tejido para la práctica del día.

—¿Sabes? —dijo ella, rompiendo el silencio concentrado—. El detective Kraus me llamó ayer. Sigue convencido de que la muerte de Otto no fue natural.

Hans levantó la vista de sus anotaciones, el rostro perfectamente compuesto.

—Los policías odian archivar casos sin resolver —comentó con ligereza—. Especialmente cuando involucran a figuras públicas como Otto.

—Dice que no tiene pruebas, pero su instinto le dice que alguien lo ayudó a morir —continuó Frida, observando a Hans con una expresión indescifrable —. Mencionó específicamente que ha investigado tu historial.

—¿Mi historial? —Hans soltó una risa corta y seca—. Debe ser la lectura más aburrida que ha tenido. Veintitrés años de existencia académica sin un solo incidente disciplinario.

—También investigó tu relación conmigo.

Esto captó por completo la atención de Hans, que dejó su bolígrafo sobre la mesa con precisión milimétrica.

—¿Y qué conclusión sacó nuestro perspicaz detective?

Frida se acercó y se sentó frente a él, mirándolo directamente a los ojos.

—Que quizás sentías algo más que amistad por mí. Y que quizás eso te dio un motivo.

Un silencio denso se instaló entre ellos. Hans mantuvo la calma, aunque su mente calculaba rápidamente cada posible respuesta y sus consecuencias.

—Los detectives necesitan construir narrativas —dijo finalmente—. Cuando los hechos no les dan respuestas, recurren a las emociones humanas como explicación. Es comprensible, aunque poco científico.

Frida asintió lentamente.

—También me preguntó si alguna vez te había visto trabajar con peces globo.

El corazón de Hans dio un vuelco, pero su rostro permaneció impasible. La calma del depredador que sabe que no ha dejado rastro.

—El pez globo es parte del programa de estudio de toxicología marina, como bien sabes —respondió—. Todos los estudiantes de último año trabajamos con ellos en algún momento.

—Eso es exactamente lo que le dije —sonrió Frida, estirando su mano para tocar brevemente la de Hans—. También le dije que eres la persona más brillante que conozco. Y que si tú hubieras querido matar a alguien, nadie, ni siquiera el mejor detective de Colonia, podría probarlo jamás.

Sus miradas se encontraron, y por un instante, Hans vio algo en los ojos de Frida que nunca había visto antes. No era miedo. Era... reconocimiento.

—Una afirmación teórica interesante —respondió Hans cautelosamente.

Frida recogió sus cosas con tranquilidad.

—Sabes, Hans, siempre he admirado tu inteligencia —dijo antes de partir—. Y ahora, quizás, la admiro aún más.

Mientras la veía alejarse, Hans experimentó una mezcla desconcertante de emociones. ¿Sabía ella la verdad? ¿O simplemente especulaba? ¿Y si lo sabía, por qué no parecía horrorizada?

Dos meses después, la vida universitaria había regresado a la normalidad. El caso de Otto se había convertido en una de esas tragedias que paulatinamente se desvanecen en la memoria colectiva. El detective Kraus, sin embargo, seguía apareciendo ocasionalmente en el campus, observando

a Hans desde la distancia con la obstinación de quien sabe que la verdad está ahí, justo fuera de su alcance.

En la cafetería, Hans y Frida compartían un café, como se había vuelto su costumbre. Su amistad se había fortalecido, aunque permanecía exactamente en eso: amistad. Hans había aprendido a aceptarlo, encontrando un extraño consuelo en la certeza de que nadie más podría tenerla tampoco. Al menos, nadie que él considerara indigno.

—Hay alguien nuevo en el departamento de bioquímica —comentó Frida casualmente—. Un estudiante de intercambio de Berlín. Klaus no sé qué. Bastante atractivo, la verdad.

Hans asintió, tomando un sorbo de su café.

—¿Ah, sí? No lo he notado.

—Me ha invitado a salir este fin de semana —continuó ella, observando a Hans atentamente—. Parece agradable. Y es brillante también, según dicen. Está investigando neurotoxinas naturales, como tú.

Hans dejó su taza sobre la mesa con cuidado, mientras sus ojos calculadores escaneaban la cafetería hasta localizar al recién llegado. Klaus era alto, atlético y sonreía con la confianza natural de los guapos. Demasiado parecido a Otto para su gusto.

—Qué interesante —respondió Hans, sacando su cuaderno de notas—. Justo estaba pensando en retomar algunos experimentos con compuestos de la rana dardo dorada. Fascinantes ejemplares. Sus toxinas pueden causar parálisis respiratoria sin dejar rastro en una autopsia estándar, ¿sabías?

Frida sonrió, una sonrisa que no llegaba completamente a sus ojos.

—No, no lo sabía —respondió, y luego añadió con voz suave—: Pero siempre puedo contar contigo para aprender algo nuevo, ¿verdad, Hans?

—Siempre —confirmó él, ajustándose las gafas mientras observaba a Klaus con renovado interés científico.

En la mesa, su cuaderno de laboratorio yacía abierto, mostrando páginas de fórmulas químicas impenetrables para cualquiera excepto para él. Y en la esquina de la página, casi como un pensamiento casual, había dibujado con precisión quirúrgica la estructura molecular de un nuevo compuesto.

Debajo, con su caligrafía meticulosa, había escrito: "Para el problema K. Dosis estimada: 0.003mg."

El crimen perfecto, después de todo, era una ciencia exacta.

EPÍLOGO

Toxicología del Amor

Cinco años después

El auditorio principal de la Facultad de Medicina rebosaba de científicos, académicos y estudiantes. En el atril, el Dr. Hans Müller, recién nombrado

profesor titular del Departamento de Toxicología Forense a sus veintiocho años, ajustaba su corbata mientras culminaba su discurso inaugural.

—Y así, estimados colegas, la ciencia nos demuestra una vez más que aquello que no podemos ver puede ser lo más letal. Los venenos perfectos existen en la naturaleza; nuestra tarea como científicos no es solo encontrarlos, sino comprender sus mecanismos para que la justicia nunca quede ciega ante ellos.

Una oleada de aplausos recorrió la sala. En primera fila, el detective Kraus, ahora con el cabello completamente cano y a meses de su jubilación, observaba al joven profesor con una mezcla de admiración reluctante y persistente sospecha. A su lado, el nuevo director del Instituto Forense de Colonia tomaba notas entusiasmado.

—Su método para detectar trazas de tetrodotoxina modificada es revolucionario, Dr. Müller —comentó el director cuando Hans bajó del estrado—. Resolverá casos que llevaban años archivados como muertes naturales.

—La ciencia siempre avanza, Director —respondió Hans con modestia estudiada—. Lo que ayer era indetectable, hoy deja rastros evidentes para quien sabe dónde mirar.

El detective Kraus se acercó, extendiendo su mano en un gesto que parecía costarle un esfuerzo físico.

—Felicidades, Profesor Müller. Su investigación salvará vidas.

—Y resolverá crímenes, Detective —añadió Hans, estrechando su mano con firmeza—. Aunque me temo que llega tarde para algunos casos... como el de aquel estudiante de fútbol. ¿Cómo se llamaba?

—Otto Schneider —respondió Kraus, sin apartar la mirada—. Nunca cerré ese caso en mi mente.

—La ciencia a veces no alcanza —comentó Hans con una sonrisa afable—. O al menos, no alcanzaba entonces.

Cuando la recepción terminó, Hans recogió su maletín del despacho recién asignado. En el pasillo, una figura familiar lo esperaba, elegante en un traje sastre que resaltaba la madurez que los años habían añadido a su belleza.

—Profesor Müller —saludó Frida, ahora la Dra. Lehmann, directora del laboratorio de investigación biomolecular en Múnich—. Un discurso fascinante. Especialmente la parte sobre cómo los asesinos suelen dejar huellas invisibles que, con la tecnología adecuada, eventualmente se vuelven evidentes.

Hans sonrió, caminando junto a ella hacia la salida.

—Teoría académica, mayormente.

—Por supuesto —asintió Frida—. Aunque me pregunto si no causa cierta... inquietud en aquellos que pudieran haber confiado demasiado en la indetectabilidad de sus métodos.

Se detuvieron junto al coche de Frida, un elegante BMW negro.

—¿Cena para celebrar los viejos tiempos? —propuso ella—. Mi marido está en un congreso en Viena.

—Ah, sí. El brillante Dr. Weber —comentó Hans sin inflexión particular—. Sorprendente coincidencia que eligieras casarte precisamente con nuestro antiguo profesor de toxicología, el único que quizás hubiera podido... comprender ciertos aspectos técnicos de casos no resueltos.

Frida lo miró directamente a los ojos, con la misma expresión indescifrable que había perfeccionado a lo largo de los años.

—No tan sorprendente, quizás. Siempre me han atraído las mentes brillantes —hizo una pausa—. Y aquellas capaces de percibir detalles que otros pasan por alto.

Hans asintió levemente.

—Como la capacidad de reconocer cuando alguien ha modificado una molécula para hacerla indetectable, y luego desarrollar el método exacto para detectarla años después.

—Exactamente —confirmó Frida—. O como entender que algunos crímenes permanecen perfectos porque a veces la persona que podría resolverlos decide... no hacerlo.

Un silencio cargado de significado flotó entre ellos. Finalmente, Hans abrió la puerta del coche para ella.

—Me encantaría cenar contigo, Frida. Después de todo, somos los mejores amigos desde hace años.

—Los mejores amigos —repitió ella con una sonrisa enigmática mientras entraba al vehículo—. Por cierto, ¿recuerdas a Klaus, aquel estudiante de intercambio?

—Vagamente —mintió Hans, recordando perfectamente al joven que había desaparecido misteriosamente después de un viaje de campo a la Costa Negra, justo antes de su primera cita con Frida.

—Qué curioso. La semana pasada presentaron un caso similar en la revista forense. Un excursionista encontró restos que podrían ser suyos. Estarán aplicando tu nuevo método de detección.

Hans mantuvo su expresión neutra mientras rodeaba el coche para sentarse en el asiento del copiloto.

—La ciencia siempre avanza, Frida. Siempre.

—¿Y eso te preocupa? —preguntó ella, arrancando el motor.

Hans contempló el atardecer sobre los edificios góticos de la universidad donde su historia había comenzado.

—En absoluto. Verás, la ventaja de inventar el método de detección es que sabes exactamente cómo evitarlo... para la próxima vez.

Frida soltó una risa cristalina mientras aceleraba hacia la avenida principal.

—Hans, después de todos estos años, sigues siendo el mismo.

—Y tú sigues siendo la única que realmente me ve —respondió él, percibiendo por primera vez que quizás el mayor misterio no era cómo había logrado el crimen perfecto, sino por qué Frida, sabiendo lo que sabía, permanecía a su lado.

En la guantera del coche, casi oculto bajo unos papeles, asomaba el borde de un sobre de laboratorio con resultados de un test de ADN. Un test que confirmaba la paternidad de Hans sobre el hijo de tres años de Frida, nacido nueve meses después de aquella noche de celebración cuando el Dr. Weber había "caído repentinamente enfermo" y Hans había acompañado a Frida a casa.

Quizás, pensó mientras la ciudad desfilaba tras la ventanilla, el crimen verdaderamente perfecto no era aquel que quedaba sin resolver, sino el que se convertía en el principio de algo más.

Algo que, como las toxinas que tanto le fascinaban, no podía verse pero estaba inequívocamente presente: un vínculo tan fuerte como retorcido entre dos mentes brillantes que habían encontrado, en su particular oscuridad compartida, una forma de luz.

—FIN